

RFS-60

GUILLERMO Y RAFAEL FERNANDEZ SHAW.



D O N C E L O F A N

00. 01. 02. 03. 04. 05. 06. 07. 08. 09. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22.

ACTO PRIMERO.

00. 01. 02. 03. 04.

0
0 0
0

Madrid, 1947.

PERSONAJES

123, 124, 125, 126, 127, 128, 129

MARIA ROSA.

ELISA.

MARIANA.

ISABEL.

ESPERANZA.

DOÑA EMILIA.

UNA SEÑORA.

UNA SEÑORITA.

ALIPIO.

GONZALO.

LUIS.

DON JAIME.

JUANIN.

DON GENARO.

UN APODERADO.

UN SEÑORITO.

UN SEÑOR (No habla).

La acción en Madrid y época actual.

Izquierda y derecha las de la actriz.

123, 124, 125, 126



PRIMER ACTO

1914, 1915, 1916, 1917, 1918

El interior de "Flores María Rosa", tienda instalada en la calle de Luchana o de García Morato (antes Santa Engracia), o sea en el barrio de Chamberí, pero lindando con la aristocracia de la calle de Zurbano.

A la derecha, la puerta de entrada al local, con su verja de cierre "a la moderna", y escaparates a sus lados.

A la izquierda, en primer término, una puerta pequeña que conduce al almacén y taller. A continuación una larga mesa con los utensilios propios para preparar ramos de flores y cacharros y adornos. Sobre ella, unas estanterías con figuras de porcelana y terracota..... En los cajones de la mesa, cintas para el adorno, papel "celofán", madojas, tijeras, espátulas y un tranchete.

En el rincón con el foro, una mesa estrecha y alta, con una caja registradora y, tras ella, un taburete alto.

En el fondo, ocupando el primer tercio de la

izquierda, un enrejado de tiras finas de madera en blanco con adornos de enredadera. A la altura conveniente, cerca de la Caja, un teléfono de pared; cerca de él, un ventanillo practicable por el que quepa, al abrirse, la cabeza de una persona, y un brazo que pueda alcanzarlo.

El tercio central del foro, está formado por un biombo grande, también de enrejado de tiras finas de madera en blanco, con el adorno de enredaderas, que deja un espacio practicable, utilizado como puerta, con el de la izquierda, tras el que se medio ve en el Acto 1º la trastienda-despacho y habitaciones particulares de los dueños, que, descorrido en el Acto 2º, les deja apreciar en todo su detalle.

El tercer tercio de esta pared del foro, es lisa ya, sin enrejado, y con estantes y ménsulas para los cacharros de flores.

Alguna figura de jardín -antilope, foca, oso, etc. en el suelo de la escena, debidamente repartidas para que no estorben el pase y movimiento de los personajes; así como también algún estrado en el que se presentan en búcaros, ramos y cacharros las mil variedades de la floricultura en plena prime-

vera madrileña.

Sillas, bien dispuestas, de hierro o madera muy a tono con lo que es el establecimiento de primer orden que se quiere y necesita presentar.

Instalación eléctrica,--que no juega,-- bonita y elegante.

En resumen: un ambiente muy brillante, alegre y de gran gusto a la moderna.

Empieza la acción algo así como a las doce de un espléndido día del mes de Mayo en Madrid.

22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.

(En escena MARIA ROSA, la dueña
(del establecimiento, que embe-
(llece, tanto como el género,
(por su lozanía y hermosura y
(su simpatía, el local a que da
(nombre. Sobre un delicioso
(traje de alegre estampado, lle-
(va un morisimo delantal. GONZA-
(LO, dependiente principal, mu-
(chacho lleno de juventud, con
(un mandil azul sobre su traje
(bien planchado y limpio. ISA-
(BEL, la Cajera, en el taburete
(tras la registradora, fina y
(con un mandil azul sobre su
((traje. JUANIN, el botones, de
(uniforme y gorrito redondo con
(el letrero de la tienda borda-
(do a su alrededor, y a la iz-
(quierda del pecho de la guerra-
(ra.

MA ROSA.-

(Con un ramo de flores en la mano.)

¡Juanín!

JUANIN.-

(Que estaba a la puerta de la derecha, acudiendo.)

- Mande.

MA ROSA.- Este ramo para la señora de Albanes.

(Poniendo un papel en el ramo)

Zurbano. 91. ¡Gonzalo!

GONZALO.-

(Que está ante la mesa de la izquierda preparando un ramo.)

Dígame, María Rosa.

MAROSA.- ¿Está el encargo del Señor Abundó?

GONZA.- Lo estoy terminando.

MA ROSA.-

(A Juanín)

Ves separando todo esto.

(Por varios ramos y cacharros con flores.)

¿Están todos? Tráetelos.

(Juanín va poniendo varios encargos en el suelo del foro izquierda.)

Y te vas tú con la camioneta... y vuelves con ella.

JUANIN.- Sí, señora.

MA ROSA.- Y como te pongas a leer novelones del

Oeste o del Norte, te mando al Este.

JUANIN.- Sí, señora.

Ma ROSA.-Y se lo digo a Don Alipio.

JUANIN.- ¡No señora! Eso, no.

(Gonzalo o Isabel se ríen. Juanin les saca la lengua.

Que usté me mande al Este y sé que vuelvo;
pero me manda don Alipio y sé que tengo
que quedarme allí de sepultura perpétua.

Ma ROSA.-Pues a ser obediente.

JUANIN.- Sí, señora.

(Muy activo.- Se le cae una no-
(vela del "Oeste" de debajo de
(la guerrera y, muy azarado la
(recoge y vuelve a guardar.

ISABEL.- ¡Ahí va!, que se te vá el "Coyote"!

D. GENARO.- (Por la derecha. Un caballero
(otoñal y maléfico.

Buenos días.

Ma ROSA.- ¿Qué desea, señor?

D. GENA.- (Mirando las flores)

Pues verá... quisiera un ramo de flores...

Ma ROSA.- Puede usted ver todo lo que tenemos...

¿Rosas?... ¿Orquídeas?...

D. GENA.- Sí, sí... Un ramo que esté bien, ¿sabe?

Con mucha apariencia... Es para un regalo.

MA ROSA.- Escogja lo que le guste. Y si no, puede hacerse en un momento. ¿En un cacharro?

D. GENA.- No, no... Un ramo. Lo que se dice un ramo.

MA ROSA.- ¿Con calofán?

D. GENA.- Bueno, sí... Que aparente, que aparente mucho y...

(Sonriendo)

y sea baratito.

MA ROSA.- Como el señor quiera... ¿Lilas, calas, claveles, rosas?...

D. GENA.- Es para mi mujer.

MA ROSA.- Entonces, lilas.

D. GENA.- Sí... y unos clavelitos... y no lo adornan con mucho verde. Así abulta más.

MA ROSA.- Una docena de claveles, una rama de lilas y los paquetes de esparraguera...

D. GENA.- Sí; cosa de cinco duritos.

MA ROSA.- Toma nota, Gonzalo.

GONZALO.- Ya está. ¿Dónde han que enviarlo?

D. GENA.- (Dando su tarjeta)

A mi domicilio.

GONZA.- Bien, señor.

D. GENA.- Ahora quisiera otra comita...

MA ROSA.- Usted dirá.

D. GENAR.- (Sonriendo pícaro)

Más... más lucido que el otro... Sí, es para persona de menos confianza, de más cumplido... Unas, unas rositas alrededor de algunas orquídeas... Que quede bien.

Ma ROSA.- Ya lo creo.

D. GENAR.- No me importa el precio; lo que quiero es quedar bien. ¿Entiende?

Ma ROSA.- (Ya de vuelta)

La señorita, ¿es rubia o morena?

D. GENAR.- Rubia, rubia y altita como usted.

(Ríe)

Ma ROSA.- Comprendido... Unas orquídeas "Carleya", malva...

D. GENAR.- ¡Eso, eso!...

Ma ROSA.- A sesenta y cinco pesetas cada una.

D. GENAR.- ¡No me importa! ¡una docena!

Ma ROSA.- Rodeadas de rosas...

D. GENAR.- ¡Y un clavel reventón en el centro! ¡Eso!

Ma ROSA.- ¿Con verde?

D. GENAR.- Pero un verde esperanza.

GONZALO.- ¿A dónde se envía?

D. GENAR.- Aquí tiene ya puesta la dirección.

(Entregándole un sobre)

Y sea discreto, amigo mío. ¡Ah! Que esté antes de las dos.

MA ROSA.- ¿Este o el otro?

D. GENA.- Este! El otro no corre prisa.

ISABEL.- (Desde la Caja) Con una nota que (le ha dado Gonzalo.

Aquí tiene la factura, señor.

D. GENA.- (Se acerca y paga.- Isabel-hace funcionar la registradora.

Y aquí tiene usted, señorita.

ISABEL.- Muchas gracias.

D. GENA.- (Al mutis)

¡Ah! Por favor; mucho cuidado con no confundir los encarguitos, ¿eh?.

(Mutis)

MA ROSA.- (Riendo)

¡Descuide! Tenemos ya gran experiencia en estos asuntos.

(Rien todos)

ESPERANZA.- (Cruzándose en la puerta con Don Genaro. Mujer joven y apor- ratosa.

¡Buenas!

MA ROSA.- Buenos días, señorita.

ESPER.- (En plan de elegante, pero bas-

Vamos a ver si me pueden hacer un cacharro de esos, que están todos llenos de camelias.

ME ROSA.- No faltaba más.

ESPER.- Porque las camelias son las que están de moda, ¿verdad?

ME ROSA.- Siempre ha sido una flor muy apreciada, por lo elegante que resulta.

ESPER.- Pues eso quiero yo: que sea muy elegante y muy vistosa.

ME ROSA.- Ahora que, para que sea como usted quiere, tendríamos que preparárselo especialmente.

ESPER.- Conque me lo tengan para la hora de comer, es bastante.

ME ROSA.- Porque es que las que tenemos son pocas. Estamos esperando la camioneta con las cestas de flores de la estación. Y como la camelia la recibimos de Galicia y hay que prepararla...

ESPER.- Sí, sí. ¿A cómo resultan?

ME ROSA.- A cinco pesetas cada una.

ESPER.- Póngamelas en un cacharro de esos bonitos.

MA ROSA.- ¿Cuántas?

ESPER.- Docena y media. Ahora que, en la factura me pone usted como si fueran dos docenas por lo menos. ¡No las voy a pagar yo!

MA ROSA.- Entendido. ¿Quiere pasar por aquí para escoger el cacharro que más le guste?

ESPER.- ¡A las tres!

(Hutis de las dos por la izquierda.)

(Al mismo tiempo, entra por la derecha DON JAIME; caballero muy serio.)

GONZA.- (Atendiéndole)

¿Qué desea el señor?

D. JAIME.- Quisiera una buena cesta de flores. Pero buena de verdad.

GONZA.- Puede escoger el señor lo que más le guste.

D. JAI.- Unas docenas de rosas y de claveles.

GONZA.- ¿Alguna orquídea?

D. JAI.- No; la orquídea no huele; y las flores sin aroma son algo así como el matrimonio sin hijos. Quiero un ramo muy serio y muy eloquente. Es para mi esposa.

GONZA.- Entonces lo adornaremos con "siemprevivas".

D. JAI.- Bien, joven; le agradezco la intención.

Añada también unas ramitas de "amor de hombre".

GONZA.- Muy indicado.

D. JAI.- ¡Si lo sabré yo! Hágame pronto la cesta.

GONZA.- ¡Juanini! Pronto. Tráeme rosas y claveles, para este señor; "siempre vivas" y "amor de hombre".

JUANINI.- ¡Volando!

(Hace mutis por la izquierda
(imitando los disparos de un revolver o ametralladora.

D. JAI.-

(Dando un sobre)

Soy Don Jaime Alcolea y Sagra. Registrado. El sobre va dirigido a mi esposa.

GONZA.- ¿Tiene la bondad de pasar por Caja?

(Le entrega una nota y Don Jaime va a Isabel.

ESPER.-

(Seguida de María Rosa por la izquierda.
(A poco, JUANINI cargado de flores para Gonzalo.

Conforme con ése, sí señora.

(Viendo a Don Jaime)

¡Tomá! ¡Jainito!

D. JAI.- ¿Eh? ¿Cómo? ¿Tú por aquí Esper?

ESPER.- A comprar unas flores que me va a regalar Jainín.

D. JAI.-

(Desoando acabar)

Bien, pues mucho gusto.

ESPER.-

¡Espera, hombre! Con el tiempo que hace que no te veo... Y tienes mejor cara.

D. JAI.-

Efectivamente: estoy mejor desde que no te veo.

ESPER.-

¿Me convidas a un cóctel?

D. JAI.-

Hoy no; hoy no puedo...

ESPER.-

¡Vamos, chico!

D. JAI.-

He hecho las paces con mi mujer y, la verdad, no quiero líos.

ISABEL.-

La vuelta, señor.

D. JAI.-

Guárdesela, guárdesela...

ISABEL.-

Muchas gracias.

ESPER.-

Te llevo en el taxi. Anda, hombre; no nos verá nadie.

(A María Rosa)

Luego vendré por las camelias.

D. JAI.-

(Aparte a María Rosa)

Espero que sepa ser discreta ante la indiscreción de esta señorita. Yo soy una persona respetable...

(Suda)

ESPER.-

¡Vamos, Jaimito!

D. JAI.- Muy respetable. No haga usted caso de las apariencias, Quisiera explicarle...

ESPER.- ¡Jaimito! ¿Le estás contando un cuento a esta señora? ¡Anda, que es tarde!

D. JAI.- (A María Rosa)

Usted disculpe... y ya volveré a darle toda clase de satisfacciones.

ESPER.- (A María Rosa)

Antes de que cierren estaré aquí para llevarme las candelas.

(Mutis de los dos)

MR ROSA.- ¡Vaya una pareja! Pues sí que tenemos una mañana seria.

JUANIN.- (Desde la derecha)

¡Aquí está la camioneta!

MR ROSA.- Darse prisa. Que si no está todo repartido antes de cerrar, ya sabéis como se pone mi marido.

JUANIN.- ¡Y que les da todas!

(Gonzalo, Isabel y Juanin ayudan a María Rosa a sacar ratones y cestas de flores, los encargos, a la calle. Juanin ha salido y vuelve con unas cestas de envío de flores que

(Lleva al interior de la izquierda.)

MA ROSA.- Isabel.

(A La Cajera)

anda, hija, ayúda tú también.

JUANIN.-

(Pasando)

Las camelias.

(Mutis)

MA ROSA.- Que todos tenemos que hacer méritos para que no se enfade don Alipio.

ISABEL.- No sé como le puede usted aguantar, señorita María Rosa.

MA ROSA.-

(En el trajín)

¡Christ!; cuidado. Que es mi esposo.

ISABEL.- Pues eso es lo que yo no sé como le aguanta.

MA ROSA.- Le aguanto y le disfruto. Mi no sabes lo útil que es tener un buen marido, y sobre todo que sea muy hombre llevando los pantalones bien puestos. ¡Buen iba a marchar el negocio si él no tuviera el carácter que tiene!

ISABEL.- Pero sí es que le puede.

MA ROSA.- ¡Ole!; me puede... y os puede a todos, que

es lo que se trata de demostrar.

ISABEL.- ¿El prendido para la señorita de Guzmán?

GONZA.- Aquí está. ¡Ah! que don Alipio dijo que no se le dejara si no pagaba en el acto.

Me ROSA.- Dáselo a Juanín.

(Juanín ha vuelto a salir a la calle, viniendo de la izquierda.
(Gonzalo sale a la calle.

Anda, Isabel, vamos tú y yo con lo último.

(E salen las dos, cargadas con unos ramos, por la derecha.

(Queda la escena sola y suena el teléfono con insistencia.

(Sigue sonando.
(Se abre el ventanillo del foro (y asoma por él la cabeza de (DON ALIPIO con gorilla de visera.
(ra.

ALIPIO.- ¡Que está llamando el teléfono!... ¡Pero, bueno!... ¡El teléfono! ¡Ye os arreglaré las cuentas!.

(Saca el brazo y coge el auricular.

"Tienda de flores María Rosa". Dígame.

Al aparato. ¡Ahí va!

(Se quita la gorra)

A los pies de usted, señora Marquesa. ¿Que

si tenemos camelias?; y unos tulipanes de Holanda que quitan la cabeza... No, si las camelias también la quitan... ¿Dos docenas?... Estará hecha pa cuando usté guste de venir... ¡Hé, señora Marquesa, ná!: se lo pondremos en la cuenta... Pues no faltaba de menos... A los pies de usté, señora Marquesa, y aquí la espero.

(Cuelga el teléfono y se pone la gorra.

(JUANIN entra por la derecha y (al cruzar la escena para irse (por la izquierda, le alcanza (una patada que le larga Don (Alipio que acaba de salir por (el foro.

(Es un hombre entre los 45 y 50, (modesto, sano de color, ágil, (vestido sencillamente y con un (delantal de jardinero sobre el (traje. Constantemente se tiene (que sujetar los pantalones, aun- (que estos en verdad no se le (caigan.

JUANIN.- ¡Tomá! ¡Si ya decía yo!

ALIPIO.- ¡Col colocaol.

(Juanita hace mutis corriendo (por la izquierda. Viendo en-

(trar a ISABEL, GONZALO, y luego a MARIA ROSA.

¿Y ustedes se creen que esta es manera de atender la tienda?

ISABEL.- Es que hemos ido a ayudar...

ALIPIO.- ¡A mí no me replique usted!

(A Gonzalo que nada dijo)

¡Mí usted tampoco!

ISABEL.- Gonzalo no le ha dicho nada.

ALIPIO.- Pues pa que no lo diga. ¡Y a callar tó el mundo!, que ha llegado mi hora sinfónica.

(A Maria Rosa, que entra)

¿Tú también andabas de garbeo?

MA ROSA.- Sacando los encargos a la camioneta.

ALIPIO.- ¡Eso!, y la tienda ^{distética}. Y yo teniéndolo que hacer tó. ¡Pero bueno!: ¿aquí quién manda?

(Silencio de todos)

¿Aquí quién cobra?

(Sale JUANIN rascándose aún la parte dolorida.

JUANIN.- Servidor.

ALIPIO.- ¿No hay ná que hacer? ¿Está preparado todo? ¿Se ha hecho el reparto?

(Juanín sale corriendo por la derecha. Mutis. Isabel, refunfuñando va a la Caja.)

GONZALO.-

(Iniciando el mutis por la izquierda.)

Voy al taller.

(Mutis)

ALIPIO.- ¡A trabajar todo el mundo! Que luego bien que gusta que os largue la tela el día primero. ¡Que esa es otra! Que pa pagaros a tós hay que llenar más papeles que pa casarse.

(A María Rosa que está sumisa oyéndole y arreglando unas flores.)

¡Tú te callas!... Cinco días llevo rellenando las carillas del impreso pa la nómina... Como pa que luego me venga una inspección y diga que está mal hecha.

Ma ROSA.- Cálmate, Alipio.

ALIPIO.- ¡No me da la gana!: que yo he nacido jardinero y nó jefe de Contabilidad. Que si el sueldo, que si el seguro de tal, que si el seguro de cual, que si el otro, que si el subsidio familiar, que si los puntos

por carestía...

(Tirando la gorra al suelo)

¡Y sin haber hecho el bachillerato!

MA ROSA.- Alipio, hijo mío, ¿qué culpa tienes tú de que haya habido tanta guerra?

ALIPIO.- ¡Me cachis en el pasillo del Danzigi!

MA ROSA.- Mira tú que por un pasillo...

ALIPIO.- Si al menos hubiéramos por un comedor...

(Sonríe)

¡Ay, chatita mía!: si no fué por ti y por estas condenadas flores que sois tú mi amor ...

MA ROSA.- ¿Y la Elisa, qué?

ALIPIO.- Punto y aparte: nuestra hija es la causante, ¡y qué causante!: tú por ella. ¿Falta mucho pa que vuelva de la oficina?

MA ROSA.- (Mirando su reloj de pulsera)

Aún tardará un rato.

ALIPIO.- Pues me voy a terminar la nómina pa poder disfrutar de ella en cuanto que llegue. Y si no te obedecen estos,

(Por la dependencia)

me das una voz, que ya verás las que yo les doy. Tú quieta, callá; que pa eso me

tiés a mí. Ná de sulfurarte: el sulfuro
pa mí.

(Subiéndose los pantalones)

Que pa eso me pusieron los calzones tan
bien puestos... y pa eso me compro tós los
meses una correa nueva.

(Al mitis por el foro)

¡Nos ha refrigerao el frigidaire!

(Como se escribe)

Ma ROSA.-

(A Isabel, embotada viendo mar-
(char a su marido.

¡Eso es un hombre!

ISABEL.- ¡Pa usted pa siempre!

Ma ROSA.- ¡Un hombre!

ISABEL.- ¡Un esqueje!

Ma ROSA.- Mira, Isabel, que a buena no me gana na-
die; pero que como me busques las cosqui-
llas, voy a ser peor que el café de ración.

LUIS.-

(Por la derecha. Es un señor
(entre los 40 y 50, bien puesto
(pero de clase dudosa.

"Saluten pláriman".

Ma ROSA.- "Gud mornín". (Como suena)

ISABEL.- "Bon yur" (Idea)

LUIS.- ¡Pero venga!: ¿estamos en Madrid o en

la Conferencia de las Naciones?

MA ROSA.- En Madrid: calle de García Morato, antes Santa Engracia.

LUIS.- Tienda de Flores María Rosa.

MA ROSA.- Servidora.

LUIS.- Eso... y olvidadiza.

MA ROSA.- ¿De qué?

LUIS.- (Quitándose las gafas contra el sol que lleva puestas.

De mí mén.

MA ROSA.- ¡Haber empezao por ahí! Entre el tiempo que ha pasao sin vernos... y el luto que lleyaba puesto, no había quien le reconociera.

LUIS.- Las ganas que tenía de dar contigo otra vez.

MA ROSA.- Pues usted dirá, señor Luis.

LUIS.- Antes era: tú dirás, querido Luis.

MA ROSA.- Antes; pero desde entonces, pasó el tiempo, me casé, tuve una hija... y levantó una tapia entre el hoy y el pretérito pluscuamperfecto.

LUIS.- ¿Tres feliz?

MA ROSA.- De primera calidad.

LUIS.- ¿Con quién te casaste?

MA ROSA.- Con el dueño del jardín de la Gloria, en la Guindalera.

LUIS.- ¡Eh! con Alípio Salazar.

MA ROSA.- El mismo.

LUIS.- Jardinero y horticultor.

MA ROSA.- Y dueño, por completo, de aquel jardín y de la María Rosa. ¿Y usted, qué?

LUIS.- ¿Yo?...

MA ROSA.- Sí, usted.

LUIS.- Accionista de la Inmobiliaria Guindalera... camino de la Prosperidad. La "INGUISA", que hoy se ha cotizado en Bolsa a 293. Me dijeron que no eres feliz...

MA ROSA.- Infundios.

LUIS.- Porque tu marido era un esqueje...

(Isabel ríe)

MA ROSA.- ¡Isabel!... Vete a ayudar a Gonzalo.

(Isabel hace mutis por la izquierda, riéndose.
(A Luis.

¡Es usted un infame! Mi marido es un hombre de una pieza y me ha dado todo cuanto se puede dar a una mujer.

LUIS.- Ya será algo menos. Y yo vengo a darte
...algo más.

Ma ROSA.- Su amor honrado, una hija que es toda mi
vida, y un bienestar que salta a la vista:
este negocio de flores, como usted ve, a
la moderna...

LUIS.- Sí, de papel celofán, como los llaman.

Ma ROSA.- De aquel jardinillo pasamos a este esta-
blecimiento, y en la actualidad somos una
de las principales tiendas de flores de
Madrid.

LUIS.- Pues, chica, confieso que estaba errado.

Ma ROSA.- ¡De las cuatro!

LUIS.- ¡Buena! Creí que ni la tienda... ni tu
marido habían sido suficientes para tu
felicidad. Y yo venía a ofrecerte...

Ma ROSA.- No necesito nada, gracias a Dios.

LUIS.- Yo venía a ofrecerte... un carlino que en
mí todavía no se ha borrado... y un paquetit
to de acciones de la "INCUISA"... Porque,
de modesto contratista de obras que
era entonces, fui comprando y vendiendo
terrenos y casas... fui subiendo... y
ya me ves: llegó la hora de las inmobili-

rias y me inmovilicé.

Me ROSA.- Pues siga usted quieto.

LUIS.- Pasé el otro día por el Jardín de la Gloria... me dió un vuelco el corazón de recordarte... y se me ocurrió comprarle: total dos buenas acciones.

Me ROSA.- Total, ¿que usted se creyó que yo también era una inmobiliaria!

LUIS.- Tí, no: tu marido, sí.

Me ROSA.- Di lo uno ni la otra.

LUIS.- El jardín lo pagaría a lo que pidiérais... y tú podrías tener coche.

Me ROSA.- Prefiero ir a pata.

LUIS.- Ya lo pensarás mejor.

Me ROSA.- Hay cosas que no hace falta pensarlas.

LUIS.- ¿De veras?

Me ROSA.- Tan de veras que por la puerta se va a la calle; y lo que siento es que sea una calle de primer orden donde está feo tirar la basura. ¡Dicho!.

(Abriéndole la puerta de la derecha.

MARCIANA.-

(Mujer castizota, frescachona
(y guapota todavía.
(Entrando.

Santas y buenas, María Rosa.

MA ROSA.- ¡Regulares! Pase usted, Marciana.

MARCI.- ¿Está mi hijo?

MA ROSA.- En el taller.

MARCI.- ¿Puedo verle?

MA ROSA.- No faltaba más.

LUIS.- Conque, María Rosa; carinito...

(Marciana lo oye y se extraña)

¿Lo has pensado bien?

MA ROSA.- (Violenta)

Váyase.

LUIS.- (Con sorna, obedeciendo)

¡"Gorveré"!

MA ROSA.- ¡A la "rue"!

LUIS.- ¡"Gud bai"!

MA ROSA.- ¡A la calle! ¡A la calle!

LUIS.- (Al mutis) ¡"Bai, bai"!

MARCI.- (A la izquierda)

¡Gonzalo!

MA ROSA.- Está haciendo un encargo.

MARCI.- Si estorbo, me marchó.

MA ROSA.- Usted no estorba nunca. Pase, pase a verle.

MARCI.- Gracias.

(Mutis por la izquierda)

MA ROSA.-

(Nerviosa aún)

¡El tío canalla!

(Llamando)

¡Isabel!

(Sale ISABEL por la izquierda
(trayendo un cacharro adornado
(con camelias blancas, que deja
(sobre la mesa.

ALIPIO.-

(Por el foro)

¡Lo matol.

MA ROSA.-

(Asustada)

¡Eh! ¡Alipio! ¿Qué dices?

ALIPIO.- ¡Que lo matol.

MA ROSA.- ¡Por Dios!... ¿A quién?

ALIPIO.- Al que me diga que está mal hecha la nó-
mina..

(Y desliza un enorme rollo de pa-
(pel que trae en la mano.

¡Véase el cuerpo del delito!

(Poco a poco vuelve a enrollar
(el papelete.

MA ROSA.- ¡Qué barbaridad, hijo! Pues sí que has
trabajao!

ALIPIO.- Como que me he abonado en cuenta horas ex-
traordinarias.

(María Rosa se apoya para no
(caer.

Y andate pa dentro, a darle los últimos
toques al coci, que ya se acerca la hora
de cerrar... y de que venga la Elisa.

(María Rosa inicia el mutis por
(el foro.

MA ROSA.-

(Al pasar, a Isabel)

¡Era un tío fresco, pero me lo pude sacu-
dir! No le digas nada a mi marido; ¿pa
qué?.

(Mutis con Isabel)

ESPERANZA.-

(Por la derecha)

¿Qué: están ya esas camelias?

ALIPIO.- No faltaba más, señora Marquesa.

(Muy fino y suave)

Sus deseos son mandatos pa este su seguro
servidor que lo es.

ESPER.- Pero, oiga, buen hombre...

ALIPIO.- ¡Ni hablar del peluquini! ¡Que se iba us-
té a quedar sin ellas!.

(Cogiendo el cacharro que saca-
(va Isabel.

Mire qué maravilla. Pero a ver si se man-
cha usté; ya se lo hubiera mandao.

ESPER.- Tengo el coche a la puerta. ¿Cuánto es?

ALIPIO.- ¡Qué usted no ofender! ¡Ya se le pasará la cuenta. Con lo clientelísima que es usted... y con el honor que es pa mí servirla, señora Marquesa.

ESPER.- Como usted quiera.

(Ríe)

ALIPIO.- Pues si se ríe usted me da propina encima, señora Marquesa.

ESPER.- ¡Y dale!

ALIPIO.- Ná, hombre, ná; yo se la sacaré al coche.

(Abriéndola paso por la derecha)

A los pies de usted, señora Marquesa.

(Se descubre)

ESPER.-

(Riendo)

¡Si se empeña!...

ALIPIO.- No empeño y hago bancarrota.

(Esperanza ríe fuerte. Hace mutis seguida por Alipio, que vuelve pronto.)

MARCIANA.-

(Saliendo por la izquierda seguida de GONZALO.)

Hasta luego, hijo... Y siento que no puedas venirte ya a comer.

GONZA.- No se empeño, madre, que todavía no es la hora... ¡Aún no ha vuelto la Elisa de la

Oficinal... ¡Y cállese, que entra Don Ali-
piol.

ALIPIO.-

(Por la derecha)

¡Y que está imponente! Na más que eso.
¡Eso es una Marquesa y no las aya salen
en el Cine!... Hola, señá Marciana: ¿quién
quedarse a almorzar? ¡Hay cocido!

MARCI.- Muchas gracias. Vine a darle un recado a
Gonzalo.

ALIPIO.- De que corremos, se lo mando por correo
aéreo.

MARCI.-

(Al mutis por la derecha)

Se agradece.

(Sale Isabel por el foro)

ALIPIO.-

(A Gonzalo)

¿Qué queda por hacer?

GONZA.- El prendido de boda para esta tarde, de
los señores de Recio.

ALIPIO.- Yo lo acabaré. Tú ves poniendo tú esto en
orden. Y usté, Isabel, vaya cerrando las
cuentas de esta mañana. ¡Y no ponga cara de
de tonta cuando me mire! Que será feo,
pero no es pa tanto.

(Y hace mutis por la izquierda)

ISABEL.-

(Sacándole la lengua)

¡Chimpancé! ¡Vaya un tío! siempre ha de decir algo desagradable.

GONZA.-

Es su genio... Cada cual tenemos nuestros defectos. No le hagas caso... ¡Elisa de mi alma!...

(A ELISA que en este momento ha entrado por la derecha.

ELISA.-

(Jovencita morena y bien trajecada.

¡Gonzalote! ¡Mijo, creí que no se acababa nunca la mañana!.

GONZA.-

¡La mañana o el pascito de vuelta con los compañeros ^{desde} la Oficina aquí?

ELISA.-

¡Vamos, chico, no me seas celoso!; que yo soy intangible.

GONZA.-

Intangible; pero ^taquí me canógrafa.

ELISA.-

Isabel, perdona, hija.

(La besa)

Pero ya has visto el recibimiento.

GONZA.-

El natural de un novio enamorado de verdad, que tiene que pasar porque la novia esté toda la mañana alternando de gratis con otros que no son él.

ELISA.-

Pero ¿tú qué te has creído que es una Ofi-

cina? Es como si yo me ofendiera porque durante mi ausencia tú estuvieras al lado de Isabel, o con las clientas que lleguen.

GONZA.- Si es que lo natural sería que tú estuvieras aquí, en el puesto de Isabel.

ISABEL.- ¡Eso!, y yo boqueras.

GONZA.- Entiéndeme.

ELISA.- Yo sí te comprendo; pero como mi padre manda...

ISABEL.- ¡Manda... que no sabes como manda!.

GONZA.- (A Elisa)

Tu sitio está aquí: en la misma casa de ellos, en su negocio. No comprendo chaladura de que tengas que ganarte un sueldo en una Oficina. ¿Para qué?

ELISA.- Yo tampoco; pero obedezco, porque es mi deber. ¡Fíjate si me gustaría estar aquí en vez de allí! Lo bien que lo iba a pasar... ¡Si es sólo pensar que hayas salido a algún encargo y que no estés cuando yo llegue, y me entra una angustia que parece que se me va a romper el alma!... Porque esta tienda para mí, son mis padres, y estas flores, que es un encanto

vivir entre ellas... y ¡eres tú, tú entre ellas, Gonzalo mío!

GONZA.- ¡Peque de mi alma!

ISABEL.- ¡Bueno, niños!: ¡al cine, al cine!

ELISA.- ¡Tuya, y solo tuya!

GONZA.- ¡Tengo unas ganas de poder tirar por la calle de en medio! De que llegue el momento de confesarles a tus padres nuestros propósitos... Déjame que lo haga; que les pida tu mano... y sus consecuencias...

ISABEL.- Sus consecuencias ya me las sé yo: un ojo a la vinagreta, una pierna de menos y pedir un destino para vender el cupón de los ciegos.

ELISA.- Espera todavía, Gonzalo. Hay que irse dando a entender poco a poco.

GONZA.- Y mientras tanto, yo recomiendo de zozobras y de celos; porque es que no puedo más, Elisa. Cada vez que te veo salir para la Oficina pienso que no vas a volver a mí, que te me van a robar; que te va a cazar un jefe de negociado...

ELISA.- (Riendo)

¡Moi: un jefe de negociado, no; estate

tranquilo; porque no conozco un solo jefe de negociado que sea guapo ni que tenga buen genio.

ISABEL.- ¡Entonces, tu padre estaría pintiparao para el cargo.

ELISA.- ¡Chica! ¡Confía en mí, Gonzalo de mi alma; que yo iré arreglándolo todo. Te vuelvo a jurar que te quiero con toda mi alma y que no habrá nada que nos separe.

ISABEL.- ¡Tu padre!

(La pareja se separa rápidamente.)

Digo que tu padre del primer guantazo.

ELISA.- Espérame después de almorzar donde siempre. Y sé bueno. Que no tenga yo que decir que tengo un novio ¡que parece un jefe de negociado!

(Ríe alegremente y hace mutis por el foro.)

GONZA.- ¡Ay! Dios te bendiga, chavala.

(A Isabel)

¿Has visto tú? ¡Viva mi novia!

ISABEL.- ¿Y para los pobres no hay nada?...

GONZA.- Hay... que tú eres la única que sabe nuestro secreto, y que tendrás premio el

día que nos toque el gordo. Y ahora, ¡a trabajar!, a hacer méritos día y noche para ganarme tanta felicidad como deseo. A que sus padres vean que, aunque soy tan poca cosa, puedo ser digno de llevarme la mejor orquídea de su jardín.

ISABEL.- ¡Ole! ¡Ay, si Juanín tuviera quince años más!...

GONZA.- Por eso aguanto el mal genio de Don Alipio, y sus broncas y sus /dictérios... y todo. Ha de ser mi padre, y yo he de demostrarle que me he sabido siempre comportar con él, como un hijo. ¡Hale!, a trabajar...

(Y se pone afeñoso en su labor)

ALIPIO.-

(Por la izquierda, arreglando unas flores que trae en la mano.)

Gonzalo, recoja por ahí dentro pa poder ir cerrando. Usted, Isabel, ya puede marcharse. Y no ponga cara de susto ca vez que le hablo, que yo no me como a nadie...

GONZA.- ¡¡Enseguida!.

(Mutis de Gonzalo por la izquierda.)

ISABEL.- Sí, sí... señor Alipio...

ALIPIO.- ¿Vino mi hijo?

ISABEL.- Se fué adentro con la señorita María Rosa.

(Quitándose el delantal y pro-
parándose para irse a la calle.

ALIPIO.- ¡Ya me ganó la vez! ¿Por qué no me dió us-
té un aviso?

ISABEL.- ¿Un aviso?: no me pareció propio.

ALIPIO.- Oiga, niña, a mí con segundas, nó. Que no
pasea que va a tener que nombrar un re-
presentante pa que le rompa yo la cara de
usted. ¿Ha comprendido? Pues ¡hale! Y no
se olvide de que a las cuatro se abre la
tienda por las tardes.

ISABEL.- Sí señor, sí.

ALIPIO.- Que luego me viene con el cuento de que no
pasaba el autobús y eso es ya un cuento
viejo.

ISABEL.- Sí señor, sí.

ALIPIO.- Que todos sabemos que el autobús pasa
cada dos horas, y siempre va completo.

ISABEL.- (Al mutis por la derecha)

Hasta la tarde.

(Aparte)

¡Así se caiga de un "arceoplano"!.

(Alipio se pone a ordenar la tienda.

(Luego se dirige a cerrar la tienda. Cuando va a hacerlo, entra muy rápida DOÑA EMILIA, una señora muy señora y de cierta edad.

De EMILIA.- ¡Ay, por Dios, no cierre, que aún lle-
go a tiempo!.

ALIPIO.- Pase usted, señora.

De EMILIA.- Venía por el centro de camelias que en-
cargué antes por teléfono.

ALIPIO.- ¿El centro de camelias?

De EMILIA.- Sí, señor; lo encargué yo misma, la Mar-
quesa de Agua Dulce.

ALIPIO.- ¡Venga, venga, señora! ¡Usted qué va a ser
la Marquesa!.

De EMILIA.- Pero ¿qué dice?

ALIPIO.- La señora Marquesa vino ya por sus flo-
res y se las llevó ella misma en el coche;
que yo mismo se las llevé.

De EMILIA.- Pues le digo que yo soy la señora de las
camelias.

ALIPIO.- ¡Usted qué va a ser la Dama de las Camelias!
¡Con ese guito! Madama Pinotón y gracias.

De EMÍ.- Usted se confunde.

ALIPÍO.- ¡Qué me voy a confundir! ¡Qué me voy a confundir! Pues menudo tipo de Marquesa tenía: impenable.

De EMÍ.- Le digo a usted que soy la Marquesa de Agua Dulce.

ALIPÍO.- ¡Venga ya, señora! Aquello era una Marquesa y no usted...

De EMÍ.- ¡Insolente!

ALIPÍO.- Usted es una suplantadora. ¡Con esa cara! ¡Venga ya! ¡Si conoceré yo a las Marquesas!

De EMÍ.- ¡Ay!, que a mí me da algo!

ALIPÍO.- Le dé lo que le dé: la señora Marquesa fue atendida antes como mandan los cánones, por mí mismo. ¡Míreme este ojo!

De EMÍ.- ¡Yo no tengo que mirar nada!

ALIPÍO.- Y váyase, que voy a cerrar, o llamo a los guardias.

De EMÍ.- ¡Grosco! ¡Ay!, que a mí me da algo, que me da, que me pongo mala...

ALIPÍO.- Si se pone en ese plan cojo la regadera.

De EMÍ.- ¡Qué sofoco! Yo me mareo... Me mareo...

(Cae en una silla)

ALIPIO.- ¡Le dió! Oiga usted, tía bruja...

DE ENI.- (Con pataleta)

¡Ay!...

ALIPIO.- ¡Maldita sea el danone!

(Coge una regaderita con intención de darle un baño.

¡A ésta la doy el baño!

(Cuando va a hacerlo, sale GONZALO por la izquierda.

GONZALO.- ¡Peró!... ¿qué le ha pasado a Doña Eni-
lia?

ALIPIO.- ¿Tú la conoces?

GONZA.- Es la Marquesa del Agua Dulce.

ALIPIO.- ¡Recriptagamá! ¡Járamelo!

GONZA.- ¡Por éstas! Menuda clientela que es!

(La atiende)

ALIPIO.- (En el mayor de los conflictos)

¡Mi madre! Pero entonces ¿a quién he dao
yo las camelias?

GONZA.- Yo había preparado un centro de encargo
para una señorita de esas... vanos, de
esas que...

ALIPIO.- ¡No continúe! pa una que no era Marquesa.

GONZA.- ¡Ni ganas!

ALIPIO.- ¡Y yo la confundí con ésta!

GONZA.- ¡Atíza!

(Doña Emilia se levanta de repente, le pega un guantazo o (un paraguazo o un "bolsazo", (a Alipio y, muy nerviosa y (muy archidigna, hace mutis por (la derecha.

ALIPIO.- ¡Ahí va!

Doña EMILIA.- ¡Tío! ¡Retío! y ¡Requetetío!!.

(Mutis)

GONZA.- ¡Menuda plancha!

ALIPIO.- ¿Plancha? ¡Menudo tortazo!

(Se le queda mirando fijamente... (muy fijamente, y avanza hacia (Gonzalo con las del "berri". (Gonzalo retrocede sorprendido.

¿De modo que ésta ha sido su manera de mirar por el interés de la tienda?

GONZA.- Don Alipio... le juro a usted...

ALIPIO.- ¿De manera que así cuida del buen nombre de esta casa?

GONZA.- Yo no sabía nada...

ALIPIO.- Usted sabía que aquel encargo era pa una... señorita... A la que ¡Ay, mi madre!, además, no se lo he cobrado!...

GONZA.- Cómo iba yo a suponer...

ALIPIO.- Y ni le había puesto la tarjeta al encargo ni las señas ni ná, pa que yo me cumpiara...

GONZA.- ¡Don Alipio!

ALIPIO.- ¡Don Idiota!, digo yo... ¡Pues se acabó! ¡A la calle!

GONZA.- ¡Déjeme explicar!...

ALIPIO.- ¡A la vulgar calle!

GONZA.- ¡Por Dios, Don Alipio!... Yo le ruego a usted que se serene.

ALIPIO.- ¡A la calle he dicho!

GONZA.- ¡Recapacite usted!

ALIPIO.- ¡Yo no hago esas cosas!

GONZA.- Tenga en cuenta que yo estaba dentro cuando atendió a las señoras...

ALIPIO.- ¡En el Limbo, es donde estaba usted!

GONZA.- Yo me he desvalado siempre por servirle lo mejor que he sabido; pongo mis cinco sentidos en cumplir con mi obligación...

ALIPIO.- ¡Mentira! Usted está vendido a la competencia.

GONZA.- ¡No es cierto! Yo no me vendo a nadie... soy honrado y leal... y algún día le podré demostrar lo mucho que les estimo.

ALIPIO.- Usted jamás me podrá demostrar ná bueno.
Me ha hecho hacer el ridículo y perder
una clientela imponente, y eso no se lo
perdono ni a mí sombra.

GONZA.- ¡Yo soy!...

ALIPIO.- ¡Usted es un pollo bugui-bugui!:

GONZA.- (Cada vez más nervioso)

 Dos años llevo en la casa, y creo saber...

ALIPIO.- ¡Usted no sabe ná! Ni me sirve pa ná: lo
que usted hace lo hace cualquiera. Que no
hace falta ir a la Facultad de Filosofía y
Letras pa armar un ramo de flores. Que lo
poco que sabe de óate se lo he enseñao yo,
¡yol, que le he sacao de la miseria.

GONZA.- (Que no puede más, de rabia y dolor.)

 ¡Don Alipio!

ALIPIO.- ¡Venga, valiente!

(Le coge de una solapa y le da un golpe.)

 ¡Desgracias!... ¡A comer de otro plato!

GONZA.- (Llorando de rabia)

 ¡Maldita sea!

ALIPIO.- ¡Hale, hale!

GONZA.- (Digno)

¡Pues sen! Pero sepa usted que las Bases de trabajo...

ALIPIO.- ¡Lo sé tó! Y no lo sé de carrerilla.

GONZA.- Tendrá que darme el sueldo y los meses de despido...

(Rabioco)

ALIPIO.- ¡Y dos patás pa gastos extraordinarios!

GONZA.- ¡Sí señor! Que también uno tiene su dignidad y su caracter. Uno no es un pelele, y se acaba el aguante y... aunque sea usted quien es, hay cosas que no se pueden consentir. Así es que a pagarme todo, ¡todo! o le denuncio en el Sindicato.

ALIPIO.- Y yo también a usted, descasteo, desagrada-
decido...

GONZA.- Venga todo, y al momento. ¡Maldita sen!

ALIPIO.- Precisamente esta mañana he acabado de hacer la nómina.

(Va a la Caja y la abre)

¡Tome!: el sueldo.

GONZA.- ¡Venga!.

ALIPIO.- Los tres meses.

GONZA.- Así es...

ALIPIO.- Y el susidio familiar...

GONZA.-

(Contando)

Está bien.

(Alipio cierra la Caja)

¡Chísti... ¡Whi.

ALIPIO.- ¿Qué pasa?

GONZA.- Que me tiene usted que dar los "puntos".

ALIPIO.- (Agarrando un jarrón para tirar-
(solo.

¿Los puntos? ¡Ese te los van a dar en la
Casa de Socorro!

T E L O N

.. .. .

Guillermo y Rafael Fernández-Shaw.

D O N C E L O F A N

..

ACTO SEGUNDO.

.. . . .

o
o o
o

A C T O S E G U N D O

..,.,.,.,.,.,.,.

El mismo lugar de acción del Acto anterior.

La tienda está cerrada por ser la hora de almorzar. El biombo del foro está completamente replegado sobre el tercio del foro derecha y, así se aprecia perfectamente que la trastienda tiene en su fondo un aparador y, delante de éste, una mesa de comedor rodeada de sillas. Es un mobiliario sencillo y nuevo, aunque no del gusto y modernidad que campea en lo que es tienda propiamente dicho.

..,.,.,.,.,.,.,.

(Al levantarse el telón están sentados en dos sillas, frente a frente, del primer término, MARIA ROSA y ALIPIO, éste ayudando a devanar una madeja de lana, que ovilla María Rosa. Tiene un cigarrillo en la oreja.)
(ELISA, en el foro, está terminando de recoger la mesa en que acababan de comer.)



ALIPIO.--

(Dándole vaivén a la madeja)

¡Pues sí que es un ejercicio pa después de almorzar!... Soy el rey del devaneo...

MARIA ROSA.- ¡No corras tanto, que vas a hacer un
nudo!... ¿Lo ves?

ALIPIO.- Si es que me falta experiencia.

Ma ROSA.- Eso que te pasa, es que no quieres darme
gusto. ¡Estáte quieto!

ALIPIO.- ¡Anda la mar! ¿Te ayudo?

Ma ROSA.- ¡No te muevas, que lo lías más!

(Arreglan el lio que se ha he-
cho en la madeja.

ELISA.- (En el foro)

Bueno, madre, ¿hay más que hacer?

Ma ROSA.- Pues ¡anda! hija, que no tienes tá pri-
sa ni nada...

ALIPIO.- Si que la esperara el novio.

Ma ROSA.- ¡Sí, sí!; para novios está el tiempo.

ELISA.- No creo que tuviera nada de particular.
Al fin y al cabo, una es jóven...

ALIPIO.- Y bonita. ¡Mando capullo has salio, hija!
Si no fuera por la madeja, te daba un
abrazo...

Ma ROSA.- ¡Quietos! ¡Que lo rompes!...

ALIPIO.- ¡Maldita sean las cadenas! Pero acércate
tá, Elisilla; ven que te oscualco... ¡Je,
je!...

(A Elisa que se acercó; besán-
dola.

A palo seco tió que ser el ósculo; perdona. Porque qualquiera te da un abrazo: no los tengo más que de esta medida.

(Por la de sus brazos sujetando la lana.)

ELISA.- ¡Venga, del tamaño que sea!

ALIPIO.- Pues encájate tú...

(Lo hace)

¡Ehe, mi capullito de rosa!

ELISA.- (Riendo)

¡Tío simpático!

ME ROSA.- ¡Quietos, que rompáis la lana! ¡Quietos!

ALIPIO.- ¡Vanos, anda! Deja que explaye mi amor paternal.

ME ROSA.- ¡Pues sí!, pues anda!, que no parece sino que es la primera vez que tienes hija.

ALIPIO.- (A Elisa)

Anda, peque, desliate, que se enfada la madrastra...

ME ROSA.- ¡Yo, madrastra!

ALIPIO.- ¡Madrastrona! ¡Envidiosa!

(Sacándola la lengua)

¡Eso! Porque me quiere la peque más que a ti.

ME ROSA.- Mentira.

ALIPIO.- ¡Verdad!

(Accionan)

ELISA.- ¡Ay! ¡La lana, madre, la lana!

Ma ROSA.- (Desaliándola del cuerpo de Elisa, por haber dado vueltas uno (y otra a su alrededor).

¡No!, si tenía que suceder...

ALIPIO.- (Hiendo y jugando)

¡Vaya un lío!

(Yendo y viniendo con la madeja)

¿Qué me va usté a regalar, matarilo-rile-rile?...?

(Elisa río)

ELISA.- ¡Padre, que la rompa!

Ma ROSA.- ¡Alipio, por Dios!

ALIPIO.- "Qué me va usté a regalar, matarilo, rilerón"...

(Queda María Rosa entre los brazos fijos de él.

Ma ROSA.- ¡Alipio!

ALIPIO.- (Dándole un beso por sorpresa)

¡Cielos!

(Bien los tres)
(A Elisa).

Aprende, peque, pa cuando lo pidas a tu

marido que te ayude a devanar una madeja.

¡Escot! "Cada oveja, con su madeja!"

Me ROSA.- ¡Bueno! Basta ya. A ser formalitos.

ALIPIO.- Pero si soy su guardia de la circulación.

ELISA.- Y el padre más simpático del orbe.

(Besándole en la frente)

ALIPIO.- ¿Te vas ya a la Oficina? Si es temprano, mujer.

ELISA.- Es que quiero llegar un poco antes, para adelantar un trabajo... y así venir pronto a verte.

ALIPIO.- ¡A mí! ¿Lo oyes, madrastrona?

Me ROSA.- (Feliz y poseída)

¡Sí, sí!... Anda, siéntate ahí, a ver si acabamos pronto esto.

ELISA.- (Besando a su madre)

Hasta luego, madre... ¡Ay, mi madre preciosa!...

Me ROSA.- ¿La oyes?

(A Alipio)

ALIPIO.- La oigo... y se me cae la baba.

(Se la limpia, moviendo los brazos de forma que no se le caiga la lana.)

ELISA.- ¡Cuidado, padre!

(Haciendo mutis, muy alegre, por
(el foro.

¡Que seáis buenos!

(Mutis)

Me ROSA.- ¡Igualmente!... ¡Ale!... ¡Jesús qué chical!...

(Vuelven a devarar)

Lo que vale.

ALIPIO.-

(Feliz)

Vale más que un permiso de importación.

(Pausa y domadajeo rápido)

Oye, chatita.

Me ROSA.- Dime.

ALIPIO.-

¿Y hasta cuando vamos a tener a la peque en esto de ir a una Oficina? Porque, vamos, gracias a Dios, hacerle falta no le hace... que pa eso trabajamos tú y yo, y este negocio está ya que marcha solo.. ¡Y que vá que chuta!

Me ROSA.- Ya te avisaré yo. Por ahora no la conviene estar en la tienda. No es este el ambiente que ella necesita. Aquí entra gente de toda clase, buena y mala... y no debe ella andar aún por este ambiente... No quiero.

ALIPIO.- Tú mandas, chatita; pero, vamos, es que me da un aguilucho ca vez que la veo salir de aquí...

Ma ROSA.- Está entre buena gente. La Oficina es muy seria, y está bien recomendada. ¡Ella allí, y nosotros aquí, en nuestra lucha por ella!

ALIPIO.- ¡Y qué lucha! Quien me iba a decir que yo tendría carácter pa comportarme como lo hago. Porque vamos...

(Se le olvida la madoja y quiere coger el cigarro que tiene en la oreja.)

Ma ROSA.- ¡La madoja!

ALIPIO.- Se me había olvidado. Y es que tengo unas ganas de fumar...

Ma ROSA.- Aguanta un poco, hombre.

ALIPIO.- Como no me diste tiempo pa encender el cigarrillo después de comer... Perdona.

Ma ROSA.- Luego lo encenderás. Ya estamos acabando.

ALIPIO.- ¡Ah! no te he dicho. Me parece que he metido la patita.

Ma ROSA.- ¡Ah! ¿Sí?

ALIPIO.- ¡Hasta la gorra!

(Que siempre lleva puesta)

Y lo que siento es que tendré que rebajar-me. ¡Pobre chico!... Le he armado una bronca al Gonzalo!... que, bueno, la armo en el fut-bol y me tién que operar del menisco.

ME ROSA.-- ¿A Gonzalo?

ALIPIO.-- Sí; perdona, hijita; pero me se subió la sangre a la visera... y, bueno, perdona...

ME ROSA.-- (Terminando el ovillo)

¡Se acabó!

ALIPIO.-- (Con satisfacción)

Se me han quedado los brazos que, mira, nos ven y se creen que aún estamos de luna de miel.

ME ROSA.-- Descansa, hombre, descansa.

ALIPIO.-- (Con fruición)

¡Ahora un pitillito!...

(Lo coge y enciende)

ME ROSA.-- (Intrigada)

¿Y qué?

ALIPIO.-- Hé, que al pobre muchacho le he puesto de patitas en la calle.

ME ROSA.-- ¿Cómo?

ALIPIO.-- Dándole la indemnización de despido, y tó.

Ma ROSA.-- ¿A Gonzalo?

ALIPIO.-- Sí, chica, sí; ¿no te enfadas?

Ma ROSA.-- Ya ves que nó.

ALIPIO.-- ¿No... no me regañas?...

Ma ROSA.-- Todavía no.

ALIPIO.-- No, si luego haré que le llamen pa darle
tca clase de explicaciones, y que vuelva
al trabajo...

Ma ROSA.-- ¿Tú vas a hacer eso?

ALIPIO.-- Qué remedio me queda.

Ma ROSA.-- ¿Que tú te vas a rebajar?

ALIPIO.-- Me da pena el chico.

Ma ROSA.-- ¿Y dónde vas a dejar el principio de au-
toridad?

ALIPIO.-- Pues mira, se lo prestaré a un vecino
mientras tanto.

Ma ROSA.-- ¡Cá, xico! Tú no haces eso.

ALIPIO.-- Mujer; reflexionando luego, me he dao cuen-
ta de que la culpa fué sólo mía.

Ma ROSA.-- ¿Y qué?

ALIPIO.-- Que debo reintegrarle a su puesto... y
lo paseo, paseo.

Ma ROSA.-- Ven. Acércate... No tengas miedo...

ALIPIO.-- (Tremendo)

Oye, María Rosa, repara que yo...

Ma ROSA.--

(Abrazándolo)

¡Ole los hombres con los calzones bien puestos!.

(El se los sube entre los brazos de ella, lleno de susto y de asombro.)

¿Lo ves? ¿Ves como mis consejos y mis deseos de que le echabas genio a tu autoridad de amo de la tienda dan buenos resultados?

ALIPIO.-- ¡Que se lo pregunten a Gonzalo!

Ma ROSA.-- ¡Ole mi hombre!

ALIPIO.-- ¡Ah, bueno! Pues ¡ole con ole!

Ma ROSA.-- ¡Así tenías que ser! Y no como antes, que eras un bragagas... Que empalagabas de puro bueno.

ALIPIO.-- Pero sí es que ahora soy un ogro.

Ma ROSA.-- Eres... lo que debes de ser: ¡el amo!; la autoridad, la energía que debe siempre mandar en los asuntos para que estos marchen como es debido. ¡Así!; cada cual en su sitio. Tú, presumiendo de mal genio. Yo, la mosquita muerta...

ALIPIO.-- Pero bueno; pero entonces, lo de Gonzalo...

Ma ROSA.-- Lo de Gonzalo es un hecho consumado.

ALIPIO.-- ¿Y su madre, la señorita Marciana?

Ma ROSA.-- Con esa sí que tendrías que tenerla las tías.

ALIPIO.-- ¡Con lo geminda que es... y lo grandota?:
¡esa me puede!

Ma ROSA.-- ¡Echale genio, Alipio! No te amilanes.

ALIPIO.-- Me pulveriza.

Ma ROSA.-- ¿Y qué? ¿Qué... si has salvado el porvenir
de tu hija?

ALIPIO.-- ¿De Elisa? ¿Qué tío que ver la pobre en
este fregao?

Ma ROSA.-- Que el Gonzalo y ella andaban de amoríos.

ALIPIO.-- ¡Ay, mi peque!

Ma ROSA.-- Por eso mandé a la chica a una Oficina:
pa que no estuviera al lado de ese y el
ennoviamiento fuera a más. ¡Es muy poco
el Gonzalo para nuestra hija! Elisa se ha
de casar bien: con un hombre de posición,
que la haga feliz. ¡Una reina!

ALIPIO.-- Pero, oye, ¿de verdad que la chica está
enamorada de él?

Ma ROSA.-- ¡Bahl, no creo que haya llegado a mucho.

El, sí. Eso me consta; que pa eso soy ma-
dre y tengo ojos en la cara. ¡Ay, Alipio!

has estado sembrado.

ALIPIO.—

(Todo preocupado)

El caso es que él, como buen chico, eso sí que lo es.

Ma ROSA.— ¿Pero tú crees que un hombre como ése es lo que se merece nuestra hija? ¡No, hombre, no! ¡Ni hacerse ilusiones!

ALIPIO.— Pero, oye: ¿y si ella se ha colao, lo que se dice colao por ese hombre, no habré yo metido la pata y la habré dao un disgusto de pópulo barbarísimo?

Ma ROSA.— Ya se lo pagará.

ALIPIO.— ¿Y si no se le paga?

Ma ROSA.— ¿Para qué está tu genio y tu autoridad paternal?

ALIPIO.— Oye, mira, rica, que aquí entre nosotros no hay por qué andar con euterfugios: que aquí no hay más autoridad que la tuya, ni más genio que el que tú me mandas tener... ni más calzones que los tuyos.

Ma ROSA.— ¡Pues eso! Y como es así, ¡allá tú con ella! ¿Me entiendes? A mantenerte tieso, a imponer tu voluntad...

ALIPIO.— La tuya, querrás decir.

Me ROSA.-- Y como te blandees y haya armisticio, se va a armar aquí una Conferencia de la Paz que rieta tú de la de los Cuatro Grandes. ¡Por éstas!

ALIPIO.-- No, si encima voy a ser un criminal de guerra.

Me ROSA.-- ¡Lo dicho! No hay más que hablar.

ALIPIO.-- Pero, escucha, mujer...

Me ROSA.-- ¡Ni pum!

(Iniciando el mutis por la izquierda.)

Me voy arriba a guardar las labores...
propias de tu sexo...

(Por la luna)

ALIPIO.-- (Se anaja el cinturón)

María Rosa...

Me ROSA.-- Y a arreglarme un poco para la hora de abrir. ¿quieres un cinturón nuevo?

ALIPIO.-- ...María Rosa...

Me ROSA.-- Si te reclama la chica, ¡te mantienes en tus trece!... Y si no te reclama la chica ¡te mantienes en tus trece!!.

(Mutis)

ALIPIO.-- ¿Lo ves, Alipio, lo ves? eres nemo...

Bueno, memo, lo que se dice memo, memo, yo creo que no tanto... Memito y gracias, porque por otra parte... Por otra parte siempre tiene ella razón. Y claro, pues si tié razón ¿por qué voy a desrazonarla? ¡No, Alipio!, hazle caso, que te va muy bien con la combinación de tu mujer. ¡Bueno! ¡Jé!: con su combinación y con sus pantalones.

JUANIN.

(Por el foro)

¿Llego tarde?

ALIPIO.-- Llegas a punto de caramelo, salao.

JUANIN.-- ¡Eh!, no me vaya a atizar, que ahora estamos en la Hora de Nadie.

ALIPIO.-- ¿Qué dices tú, chavero?

JUANIN.-- Que entre la hora del cierre y la hora de abrir la tienda, no vale meterse con uno. Y que aunque no estoy de servicio, le hago a usted el favor de entrar la anunciarle que ahí fuera, en el portal, hay un señor que pregunta si se puede entrar... aunque sea la Hora de Nadie.

ALIPIO.-- Oye, Juanin, rico ¿tú aspiras a ser algo en este mundo?

JUANIN.-- Sí, señor: yo quiero ser "ganster". De

esos que se pasan todo el día pagando tiros.

ALIPIO.-- ¿Sí, eh? Pues mira, a eso ya he llegado yo.

(Atisándole una serie de pun-
(tapés.

JUANIN.-- ¡Ahí va! Don Alipio, que usted es el enemigo público número uno.

ALIPIO.-- ¡Y el dosí... Y ahora, me haces el favor

(Recalando)

de decirle a ese señor, que pase, que aun-
que es la Hora de Nadie, como ves, ¡vale
tú! ¡Arrea!

JUANIN.-- (Haciendo mutis por el foro)

¡Maldito sea el Coyote! ¡Si me las ha da-
do todas!...

ALIPIO.-- ¿Y que uno tenga que hacer de cegro cuando
no es más que Guzmán el Bueno?

DON JENARO.-- (Por el foro)

¿Es usted el dueño?

ALIPIO.-- Servidor.

D. JEN.-- ¿No está la dependienta que me atendió
esta mañana?

ALIPIO.-- Como ahora no es hora de despacho y no
está la dependencia, no sé quién dice.

D. GENARO.-- Una señorita, guapa ella, de buen parecer, morena y con la nariz respingona; con un cuerpo... vanos, así... y unos ojos, ¿cómo le diría yo?: unos ojos, preciosos de veras.

ALIPIO.-- No siga usted: mi esposa.

D. GENAR.-- ¡Enhorabuena, amigo mío. ¡Qué dulzura de carácter y qué buenas formas tiene!

ALIPIO.-- Si lo sabré yo.

D. GENAR.-- (Viendo a MARIA ROSA, que sale por la izquierda.)

¡Ah! aquí está. Señora...

MA ROSA.-- Buenas tardes, caballero...

D. GENAR.-- Venía... ¡je!... venía a darle a usted explicaciones del asunto de esta mañana.

ALIPIO.-- ¿Cómo asunto? ¡Venga, venga!

D. GENAR.-- Ya usted comprenderá lo violento que fue para mí el que de improviso, en un establecimiento como este, tan serio, me oyeran llamar Jaimito.

ALIPIO.-- ¡Ah! ¿pero usted es Jaimito?

D. GENAR.-- ¡Caballero! Soy Don Jaime.

MA ROSA.-- No se preocupe usted, señor. El incidente no tuvo importancia. Además, aquí está.

nos acostumbrados a ver, oír y callar.

D. GENAR.-- Suponiéndome eso y en gracias a su señora y a su nutismo, no permito solicitarle que acepte este modesto recuerdo...

(Le da un paquetito)

Ma ROSA.-- ¡Ay, por Dios, caballero, no tenía usted que molestarse...!

ALIPIO.-- ¿Qué es eso?

D. GENAR.-- "Harrón glacé"... Aquella... llámómosla señorita, sufrió un error tremendo... Aguas antiguas... ¿Comprende? Pero nada en la actualidad... A sus pies, señora. ¿Caballero?

(Le da la mano a Alipio. A Ma-
rta Rosa.)

Ver, oír y callar.

(Hace mutis por el foro. Ali-
pio le acompaña y vuelve.)

Ma ROSA.-- (A Alipio)

¿Lo ves?

ALIPIO.-- "Harrón glacé".

Ma ROSA.-- Digo, que si te das cuenta de cómo tengo razón para que la Elisa no esté en la tienda. Asuntos como el de este señor y peores, no tiene ella por qué aprenderlos.
¡Juanini!

JUANIN.—

(Por el foro, rápido)

¡Mandé!

Me ROBA.— Vente adentro para ayudarme.

JUANIN.—

(Pasa rápido y hace mutis por la izquierda.)

¡Enseguida!.

Me ROBA.—

(A Alipio)

Cuando vayas a abrir, avísame.

(Mutis por la izquierda)

ALIPIO.—

Vete tranquila, mujer... Tíe razón, tíe razón, y... se ha llevado los "marrones glassés".

(Va hacia el foro y se tropieza con ELISA que llega toda sofocada y emocionada.)

ELISA.—

¡Padre!.

ALIPIO.—

¡Peque! ¿Cómo tan pronto de vuelta?

ELISA.—

Padre ¿qué ha hecho usted?

ALIPIO.—

Devamar una madeja con tu madre.

ELISA.—

¿Por qué ha echado a la calle a Gonzalo?

ALIPIO.—

(Aparte)

¡Atiza!

(En valiente)

Porque es un golfo.

ELISA.—

¡Mentira!

ALIPIO.—

Un golfo y un desagradecido.

ELISA.-- Eso no es verdad.

ALIPIO.-- Ya te lo he oído.

ELISA.-- Es preciso que hagan ustedes las paces.

ALIPIO.-- ¿Las paces? Eso ya no se estila.

ELISA.-- ¡Sí!.

ALIPIO.-- Que no, riquina mía; que no; ¿o es que no lees los periódicos?

ELISA.-- Pues es preciso...

(Amainando y poniéndose por las buenas.

Es preciso, padre... papáin guapo...

ALIPIO.-- (Aparte)

¡Ay, que me va a hacer blandearme...!

ELISA.-- Mira, ahora al salir para la Oficina, me he encontrado al pobre muchacho, y me lo ha contado todo... Y me ha dado mucha pena, porque, el pobrecillo, estaba de lo más triste y lo más arrepentido.

ALIPIO.-- De arrepentidos está el infierno lleno.

ELISA.-- Y, claro, pues yo... yo le he prometido interceder a su favor.

ALIPIO.-- Bueno, peque, déjalo y hablemos de otra cosa.

ELISA.-- No, padre...

(Acorriándose)

Yo sé que Gonzalo es muy bueno.

ALIPIO.-- ¿Y cómo lo sabes tú?

ELISA.-- Porque... porque me lo ha dicho él...

ALIPIO.-- No hagas caso, chicas: los hombres, a la edad del Gonzalo sonen tós unos mentirosos.

ELISA.-- Además, que no hace falta que él lo diga: se lo ve, salta a la vista.

ALIPIO.-- ¡Y dale! ¿Quién dejar ya de ser el abogao de ese pobre?

ELISA.-- Ande, padre, sea usted bueno. Usted no sabe cuánto nos quiere...

ALIPIO.-- ¿A mí también?

ELISA.-- Pues claro que le quiere a usted.

ALIPIO.-- ¡Filifa! ¿a mí qué me va a querer ese tío?

ELISA.-- No le llame usted así.

(Muy mimosa con él)

A mí me consta que le tiene verdadero cariño, y mucha consideración, y que está muy dolido por haber dado lugar a que usted se enfadara con él y llegara a donde llegó... Papín, cielo, no me lo niegue... sea bueno con él. Ande... ¡solote!

(Le acaricia y besuquea)

ALIPIO.--

(Aparte)

¡Ay, Alipio, que como siga así te quedas en calzoncillos!

(Y se sube los pantalones)

¡Que no! No me seas zalamora. ¿Dónde iba a quedar mi principio de autoridad en la casa?

(Vuelta con los pantalones)

¡Pues estaxia bueno! Tú no te metas ande nadie te llama, y sonsoniche.

ELISA.-- ¡Papín de mi alma!

ALIPIO.-- ¡Ni papín ni papón! ¡S'acabó! Vete a tu oficina y... ¡ah! ¡Eso!... ¡A tu oficina!... ¡Dicho!

ELISA.-- (Que no pueda más, se echa a llorar.)

ALIPIO.-- Pero, ¡bueno! ¿A qué viene ese llanto? ¡Peque! ¡Peque mía!

ELISA.-- (En sus brazos)

¡Es que le quiero, padre!

ALIPIO.-- ¡Toma!, ya sé que me adoras.

ELISA.-- ¡Sí!; pero a él también: a Gonzalo...

ALIPIO.-- ¿A esa criptógama de secano?

ELISA.-- ¡Con toda mi alma!... ¡Con toda mi alma!..

(Llora.— Alipio todo encucado, no sabe qué contestar.)

(la... saca su pañuelo y la
(seca los ojos. Luc'án en
(el sus dos personalidades:
(la que le inclina a ceder, y
(la que le ordena ser severo
(y seguir el consejo de María
(Rosa...

ALIPIO.-- Ven... ven acá, Elisilla mía. ¡Vamos, ten
calma! Serénate...

(Se sienta en una silla y ha-
(ce que Elisa se le sienta en
(las rodillas.

Atiende, pitusa... ¡Uy, qué foa te has
puesto!... ¡Hale!, a no llorar más... ¿Van
a ser buena?... Esto que a ti te pasa,
también me pasó a mí con la primera no-
via que tuve... que no lo sabe tu madre,
porque a ella siempre le dije que había
sido mi primer amor. Tenía yo... la edad
que ahora tiene Gonzalo. Por eso era
tan mentiroso... Y ya ves, ya ves luego
lo bien que me ha ido por haber hecho co-
so a mis padres.

ELISA.-- Es que, padre... tampoco Gonzalo ha sido
mi primer novio.

ALIPIO.-- ¡Ah, no?, ¡pícaruela!

ELISA.-- Así es que me toca ya que sea el último.

ALIPIO.-- ¿Le quieres mucho, mucho?

ELISA.-- Muchísimo.

ALIPIO.-- (Algo blando, sin darse cuenta.)

Y él ¿qué? ¿te quiere como Dios manda?

ELISA.-- Yo creo que me adora. Y sobre todo, que en queriéndole yo como le quiero...

ALIPIO.-- Sí... no es mal muchacho...

ELISA.-- (Muy alegre y levantándose)

¡Ay, padre guapo! ~~¡Ay, padre!~~ ¡Solote! ¡Encanto!

(Besos)

ALIPIO.-- ¡Eh! ¡Eh!; ¡para, para!...

(Aparte)

¡Ay, Alipio, que has hecho un ripio!

(Enérgico, y "empatañándose")

Que no me has dejado acabar. No es mal muchacho, ¡para otra! Pa ti, tío que ser un marajá de Kapurtala el que te lleve. Eso es mu poca cosa... Y sobre tó: lo dicho:

ELISA.-- ¡Padre!

ALIPIO.-- S'acabaron las cucamonas, pague. No può ser. El Gonzalo está echao de esta casa, y no può volver. El a la calle y tú a ol-

vidarlo pero que desde ya.

ELISA.-

(En tono sereno y decidido)

¿Y eres tú el que dice que tanto me quiere? ¡Tú que me vas a querer! Si me quisieras no me harías lo desgraciada que me has hecho.

ALIPIO.- ¡Elisilla, chica!

ELISA.- ¡Mal padre!

(Arrepintiéndose acto seguido de lo dicho.)

ALIPIO.-

(Herido)

¿Qué has dicho! ¿Yo mal padre? ¿Yo?...

(Con trémulo en la voz)

¿Mal padre quien te quiere más que a una reliquia de ^{su} santa madre? ¿Qué has dicho, peque de mi corazón?...

ELISA.-

¡Perdóneme!... No supe lo que decía... Estaba ofuscada...

(Viene a abrazarlo humilmente.)

ALIPIO.-

(En arranque paternal)

¡Hija de mi alma!

(Pausa. Se separan limpiándose cada cual sus lágrimas.)

ELISA.-

(Iniciando el mutis por el foro.)

Voy a llevarle tu contestación...

(Al evolverle la espalda, Ali-
pio echa sus brazos como que-
riéndola abrazar y rectificar
todo lo dicho...)

Hasta luego...

(Ya en el foro)

ALIPIO.- ... Peque mía..., no tardes...

(Elisa, ya en el mutis, vuel-
ve a él su cara llorosa...
(le mira, y sin poder contener
su congoja se va rápidamente.)

... No... no...

(Al mutis por la izquierda)

¡Con qué razón me has llamado mal padre!
¡Maldita sea mi falta de carácter!.

(Mutis.- Una pausa. Luego se
oye el timbre de la puerta y,
a poco, sale JUANIN por la iz-
quierda y hace mutis por el
foro para abrir la puerta.
(A los pocos instantes, vuel-
ve acompañado del señor LUIS
con el que avanza a la escena.)

JUANIN.- Aguarde usted aquí, que ahora les aviso.

(Mutis por la izquierda)

LUIS.—

(Se pone a curiosar la tienda, coge un clavel y se lo pone en la solapa, y tararea con aires petulantes.

"¡Ay, Bahía!

Bahía que calzas
mi sentimiento..."

Me ROSA.—

(Por la izquierda)

¡Le dije que no volviera!

LUIS.— Te dije que "gorvería"...

Me ROSA.— ¿Para qué?

LUIS.— Para verte otra vez.

Me ROSA.— ¡Pues ya está!... ¡A la calle!

LUIS.— ¡Denén!

(Se sienta)

Me gusta la tienda.

Me ROSA.— Luis... tengamos la fiesta en paz. ¡Hágame el favor!

LUIS.— Sí, al menos, me lo pidieras tuteándome...

Me ROSA.— Pues ¡vete! Ya está; ¡vete!

LUIS.— Tuteándome... y dándome alguna esperanza.

Me ROSA.— ¡Luis!... Luis. Aquí no hay esperanza ninguna para usted; no puede haberla.

LUIS.— "Mientras hay vida, hay esperanza", dice el refrán.

MA ROSA.-- ¿Y quiere usted acabar con la mía?

LUIS.-- Quiere....

(Conquistador)

^{renacer}
quiero ~~renacer~~ en tí de nuevo la ilusión que me da el palpito que ya no tienes... y que yo te puedo proporcionar.

MA ROSA.-- ¿Es que quiere que llame a mi marido?

LUIS.-- Luego... cuando tengamos que hablar de negocios.

MA ROSA.-- ¡Pues ya!

LUIS.-- ¡Espera!... No sé si estás ahora más bonita que antes...

MA ROSA.-- ¡Suelte!

LUIS.-- Pero a mí me lo parece. Y como las joyas para que luzcan lo que valen, necesitan estar bien engarzadas, yo deseo proporcionarte el engarce que tú mereces. ¡Calma! No te pido ahora nada... Será más adelante; cuando te encuentres a gusto y en tu regalo gracias al buen negocio que voy a proporcionar a tu marido... ¡Mutisi!... Entonces, quizás, al verte así, el agradecimiento te hará volver los ojos a quien te proporcionó el bienestar conque ni si-

¡Quiera solabas. ¡Elo!

Me ROSA.- ¡Canalla!

LUIS.- ¡Bonita!

Me ROSA.- (Con voz sorda para que no pueda oírle Alipio.

¡Miserable! ¡Váyase! ¡Váyase!... o no respondo de mí.

LUIS.- (Sin hacerle caso y dispi-
(cante.

¡Qué preciosidad de tienda!

Me ROSA.- (Muy intensa, en voz baja)

¡Váyase!...

LUIS.- Pero, bueno, ¿es que no está tu marido en casa? El chico me dijo que sí. ¡Con las ganas que tengo de darle un abrazo!

(A la izquierda)

¡Alipio! ¡Alipio!

Me ROSA.- ¿A mí con esas?

(Llamando)

¡Alipio, sal enseguida!... Ahora veremos.

ALIPIO.- (Por la izquierda)

¿Pero a qué viene este derroche de facultades?

(Viendo a Luis)

¡Anda ni madre! ¿Ande he visto yo esta cara?

LUIS.— ¡Alipio!

ALIPIO.— No, no me lo digas, que ya, ya me voy recordando...

MA ROSA.— ¡Este señor es!...

ALIPIO.— ¡Calla, calla! A ver: póngase de perfil, haga el favor.

LUIS.— (Le obedece y ríe)

Hecho.

MA ROSA.— Escucha, Alipio...

LUIS.— ¿Lo toma o lo deja?

ALIPIO.— (Alegre)

¡Lo dejo, lo dejo! ¡Luis!

(Abrazándolo)

¡Luisete!

LUIS.— ¡Alipio!

ALIPIO.— Chico, cómo has crecido. Tienes buena cara; pero ya se te nota como a mí que vas pa viejo... ¡Mauca sorpresa! ¡A ver!, María Rosa, sácanos unas copas y unos cigarros, que esto hay que festejarlo...

MA ROSA.— Aquí no es lugar...

ALIPIO.— Sí, hombre sí: aquí. Aún queda rato pa la hora de abrir. ¡Luisete! Chico, qué

alegría me da verte...

LUIS.-- la de vueltas que he dado hasta lograr encontrarnos.

ALIPIO.-- Pues aquí nos tién a tós a tu disposición. ¿Has visto la María Rosa lo guapetona que sigue? Está imponente, ¿verdá? ¡imponente! ¿Y yo, qué te parezco?

LUIS.-- El mismo de siempre: ni has crecido ni nada.

ALIPIO.-- Unas mijajas. ¿Y has visto cómo hemos prosperao? ¡Vaya tienda! ¿Verdad? Pues ya está libre de hipoteca y de tó. Ya es muestra... ¡hasta que venga una inmobiliaria y compre la casa!.

LUIS.-- (Riendo)

¡Eso!...

ALIPIO.-- Como es lo que está de moda...

LUIS.-- De moda sí que lo está; pero por su causa y razón.

ALIPIO.-- Que traigas unas copas, mujer.

ME ROSA.-- Mira, Alipio, yo sé que Luis tiene prisa y que sólo quería saludarte: no le entretengas. Lo dicho, Luis.

(Tendiéndole la mano)

ALIPIO.-- ¡Que no, hombre, que no! Que yo no le de-
marcharse. ¿Cuánto tiempo hace que no nos
veíamos?

LUIS.-- Desde que os casasteis, lo menos.

ALIPIO.-- ¿No viniste al bautizo de la Elisa?

LUIS.-- No recuerdo.

ALIPIO.-- ¡Está ya hecha una mujer! No es tan boni-
ta como aquí su madre; pero se la parece.
¿Y qué?... ¿Y tú qué te haces?

LUIS.-- Negocios.

Ma ROSA.-- Viene a proponerte uno; pero no lo debes
aceptar.

LUIS.-- Es un asunto precioso, sobre todo para ti.

Ma ROSA.-- Para ti, no, Alipio; es un negocio... pe-
ro para él. Tú no debes acceder a lo que
quiera.

ALIPIO.-- ¿De qué se trata?

LUIS.-- De una Inmobiliaria.

ALIPIO.-- (Riendo)

¡Ya salió lo de moda!

LUIS.-- ¿A cómo tienes el pie del Jardín de la
Gloria?

ALIPIO.-- ¡Ay mi madre! a diez ochenta y cinco.
Como ves es un pie que cojea...

LUIS.- Te lo compro.

MA ROSA.- ¡No!

ALIPIO.- Calla, chatilla, que ésta es asunto mío.

MA ROSA.- No quiero que lo vendas.

LUIS.- Lo pagamos al doble.

MA ROSA.- Ni al triple.

ALIPIO.- Pero, bueno, ¿quién es el hombre en esta casa?

LUIS.- Eso.

MA ROSA.- ¡No habléis más de este asunto.

ALIPIO.- ¿No hemos de hablar, con la gracia que me hace? ¡Pues no tenía yo ganas ni nada de tropezarme con una Inmobiliaria de esas de "S.A." ¿Le llamarás la "LUISA"?

LUIS.- La "INGUISA". Inmobiliaria Guindalera, Sociedad Anónima.

ALIPIO.- ¡Vaya tío vivo que estás tú hecho!

LUIS.- En serio; vengo a hacerte una proposición en firme.

MA ROSA.- Y nosotros no la aceptamos. Le tenemos mucho cariño a ese terreno donde nació nuestro cariño y se nos crió nuestra hija como una flor más.

ALIPIO.- En eso tiene razón María Rosa.

LUIS.-- ¡Bahl: sentimentalismos. Con eso no se va a ninguna parte.

Ma ROSA.-- Bueno. Pero no se vende el jardín de Alipio.

ALIPIO.-- De la Gloria, querrás decir; es su nombre.

Ma ROSA.-- Yo no entiendo.

LUIS.-- Te advierto, Alipio, que harías un negocio bestial... y que podrías comprarte otro terreno mejor y más barato con la mitad del producto de éste. Porque además, tú no sabes cómo está el negocio de la construcción: es una mina. Y se pagan los terrenos situados por donde el vuestro, a millón.

ALIPIO.-- (Deslumbrado)

¿A cuánto dices?

LUIS.-- A lo que se pida.

ALIPIO.-- Oye, María Rosa, que yo creo que es cosa de pensarlo...

Ma ROSA.-- Te digo que no.

LUIS.-- Ya veo... Ya veo que en esta casa quien manda es la mujer, y que el marido es un bragaza.

ALIPIO.-- (Echándose a reír)

"¡Me hacéis de reir, Don Gonzalo!

(Rie.— A María Rosa)

¡Tú te metes en lo que te importe! ¡Hale!
Y no me pones en ridículo ante la gente.
Aquí el que manda soy yo. No la hagas caso,
Luisete.

(A María Rosa)

Tú... ¡a devanar madejas de lana y a zur-
cirme los calcetines!

MA ROSA.— ¡Alipio! ¡Alipio!

ALIPIO.— Cada cual a las funciones propias de su
sexo. ¿Estamos? Pues ni "parola de plus".
¡Estas mujeres!... Siempre metiéndose en
lo que nó las importa...

MA ROSA.— Este asunto me importa más de lo que tú
supones, Alipio. Yo te ruego, que me
hagas caso y que no lo vendas al jardín
a la empresa de Luis.

ALIPIO.— ¡Pues lo vendo, lo vendo y lo vendo!

(Se alza los pantalones)

MA ROSA.— ¡No!

ALIPIO.— ¡Requetes!

(A Luis)

Hecho. Son veintitantos mil pies en cue-

drado. Arriba tengo la escritura. ¿Quié
verla?

LUIS.--

(Condescendiente y mirando a
María Rosa en plan de ganador.)

Me basta con tu palabra. ¿A cuánto quieres
el pic? Páganos al contado; en metálico
o en acciones. Como quieras.

ALIPIO.--

(A María Rosa)

Oye, tía ¿a cuánto le pedimos?

MA ROSA.--

(Rabiosa)

¡A millón!

ALIPIO.--

Les va a parecer caro.

MA ROSA.--

Más caro puede que te salga a ti.

ALIPIO.--

Si lo pagan bien, ¡verás qué abrigo de
peti gris te regalo ya tu santo!

LUIS.--

En coche vas a ir a hacer la cola para
las patatas!.

ALIPIO.--

¿Cómo en coche? ¡en tranvía!, que es más
difícil. Te compraré uno para ti sola:
el 1430.

(Está gozoso)

LUIS.--

Pues lo dicho: por ser tía, llegaría has-
ta a las cincuenta pesetas pic.

ALIPIO.--

(Casi desmayándose)

¡Ay! ¡Aguá!... ¡Más de un millón de pesetas! ¡Más!... ¡más agua! ¡Chatilla! ¡Más de un millonete!... Voy... voy por la escritura de propiedad... ¡Viva la "Inguisa"!

(Besando a Luis)

¡Viva tu padre!... ¡Vivan las Inmobiliarias!

(Mutis por la izquierda)

LUIS.—

(Se echa a reir estrepitosamente.)

¡Viva la "Inguisa"!

Me ROSA.— ¡Así se burla la Bolsa! ¡Canalla! Se aprovecha de que es un pobre hombre; pero aquí estoy yo para impedirlo: ¡palabra!

LUIS.— Pero ven acá, Rosa Furia. ¿De dónde? ¿No ves que yo soy un técnico?

Me ROSA.— ¡Un malvado!

LUIS.— ¡Menos! Un ferviente adorador de lo bonito y lo madurito... Los cálculos están bien echados. Y como uno es un supervisor...

(Aparece por el foro la Señora MARCIANA.)

MARCIANA.— ¿Se puede?

(Con retintín)

Ma ROSA.-- ¿Cómo ha entrado sin llamar?

(Algo azarada)

MARCI.-- Que estaba la puerta entreabierta y como una es tipo sifide, pues que me colé.

Ma ROSA.-- (Por Juanín)

¡Ese chiquillo!...

MARCIA.-- El Juanín ha ido a por diez de pipas ahí a la esquina. ¿No está su maridito, verdad?

Ma ROSA.-- Acaba de salir; ahora mismo vuelve.

MARCI.-- ¡Creí!

Ma ROSA.-- ¿Pasa algo?

MARCI.-- No; pero pasará. Y a todo esto,

(A Luis)

buenas tardes, Don Usted.

LUIS.-- Servidor.

ALIPIO.-- (Por la izquierda, con un pliego de 'escritura' en la mano.

¡Aquí está esto!

MARCIA.-- (Por ella)

¡Y está!

ALIPIO.-- ¡Arreal! ¡Si no hay fiesta sin tarasca!...

¡Hola, señá Marciana!

MARCIA.-- Despache usted al caballero, que yo no me

puedo marchar.

ALIPIO.--

(Muy fino, a Marciana)

Si usted no estorba.

(A Luis)

Aquí está la escritura; tó en regla.

LUIS.--

Me alegro. Pues no hay más que hablar. Me la llevo a la oficina para tomar los datos y arreglarlo todo cuanto antes.

ALIPIO.--

Bueno, Luisete; pero quedamos en que a cincuenta pesetitas al pie, ¿eh?; no valen garabos.

LUIS.--

Palabra... ¡de Inmobiliaria! Buenas tardes a todos. Y créete, Alipio, que me has hecho feliz.

ALIPIO.--

¡Y tú a nosotros! Porque la María Rosa reconfiará cuando vea...

(Callando al ver a Marciana)

cuando vea tú lo que tiene que ver.

(Dándole un abrazo)

¡Esto es ser un amigo!

(Le acompaña hasta el foro)

LUIS.--

No te molestes: ya sé salir. Adiós, María Rosa.

(A Marciana)

Adiós... Doña Gisela.

MARCIA.-

(Conteniéndose)

¡Ay! si me lo dice desde más cerca...

ALIPIO.-

(A María Rosa, que estará cerca de él y los dos lejos de Marciana.)

Oye, chatita, ¿no me dejarás solo con esa... con esa montaña rusa, verdad?

Ma ROSA.- ¡Anda y que te piquen! ¿No eres tú el que manda aquí y el que tiene la autoridad para hacer y deshacer?

ALIPIO.- No: pa deshacer, está la señora Marciana, que mira como me mira...

Ma ROSA.- Allá tú... Y ya hablaremos a solas tú y yo. Aquí les dejo. Yo tengo que hacer por dentro. Usted dispensará, señora Marciana.

(Y mutis por la izquierda)

MARCIA.- Dispensé.

(Mira a Alipio; éste la mira a ella... y quisiera esconderse en el centro de la tierra.)

¡Bueno!

ALIPIO.- ¡Vaya, vaya!...

MARCIA.- ¿De modo que el Gonzalo es un golfo?

¿A que no me lo dice usted en mi cara!
¡Mi hijo es más decente que usted!

(Alipio no se atreve a contestar-
la).

¿De modo que a la cochina calle?... ¡Qué lástima que no sea usted más que cuarto kilo de hombre!

ALIPIO.-- Cuarenta y seis novecientos, en la báscula de la farmacia.

MARCIA.-- Si no fuera usted el padre de la que va a ser madre de mis nietos...

ALIPIO.-- ¡Alto el fuego! Si por algo me alegro de que haya salido su hijo de esta casa, es precisamente porque evita que se consuma eso que usted anuncia.

MARCIA.-- Pues eso no se evita así, ni lo evita usted ni lo evita nadie. Y eso venía a comunicarlo, ya que mi chico... ¡Mi chico no se quisó quedar sin suegro antes de las anonestaciones!

ALIPIO.-- Es un fino el Gonzalo.

MARCIA.-- Y muy hombre. Así es que, como es decisión suya y determinación de la Elisa, vengo en su representación de ambos a de-

oirles a ustedes dos, que se guarden la tienda en el bolsillo del chaleco.

ALIPIO.-- No me va a caer.

MARCIA.-- Porque como los dos se van a casar, vivirán por su cuenta.

ALIPIO.-- ¿Por la mía?

MARCIA.-- Por la de ellos.

ALIPIO.-- ¡Felicidades! ¡Ah!, y dígame a Gonzalo que, pa eso, por qué no se busca una novia que por lo menos sea mayor de edad. Porque, se me ocurre, así, de buenas a primeras, que siendo la Elisa menor de los veintiuno y un servidor su padre y progenitor, necesita de mi consentimiento pa el caso, y como no hay de qué, pues... ¡Venga, señá Marciana!, no me venga con cuentos de Blanca Nieves... A su chico lo tuve que despedir, con tós sus emolumentos; a mi chica no la dejo casarse con él y, si quité usted saber más, aprenda geografía que ilustra mucho.

MARCIA.-- La sé de corrido. Pero lo que usted no sabe es que la Elisa es licenciá en Ciencias Económicas, que es el último grito.

ALIPIO.- El último grito lo vamos a dar tós en la Comisaría, como usté no me deje pronto en paz.

MARCIA.- Y ella, la Elisa, me manda pa que les pregunte a ustedes que qué les parecería el que que ella se casara por las buenas o las regulares.

ALIPIO.- La chica lo que tié que hacer es venirse deseguida pa acá y dejarse de malas compañías.

MARCIA.- La chica dice que ella se casa con Gonzalo quiera usted o no quiera.

ALIPIO.- (Aparte)

¡Ay, mi madre, que la niña ha salio a su madre!...

MARCIA.- Y que tan y mientras lo piensan, ella ha decidido ir depositada judicialmente hasta el día de la boda.

ALIPIO.- ¿Y quién ha sido la mala pécora que se lo aconseja?

MARCIA.- ¡No me tire indirectas, señor Alipio, que como yo me encampano, le dejo injertá mi mano derecha pa toda la vida.

ALIPIO.- ¿Quién se lo ha aconsejado? ¿Quién la ha

vuelto loca? ¿Me jura usted que mi pe-
que ha sido capaz de eso?

MARCIA.-- Lo juro y lo rubrico. Entre una felicidad
a su gusto, con un amor verdadero a su
lao pa toa la vida con el Gonzalo, y el
plan que ustedes la ofrecen, opta por lo
primero. Ella sabe como es el Gonzalo...
y sabe como son ustedes con ella, que mu-
cho decir que la adoran ¡y hasta la han
puesto a trabajar en una Oficina, sin hacer
la falta el ganarse la vida!.

ALIPIO.-- ¡Mi peque no può decir eso! Mi peque sa-
be lo que yo la quiero. La Elisa es mi
luz y mis ojos...

MARCIA.-- La Elisa es ya una mujer hecha y derecha,
Y conoce sus deseos y sus derechos. Ya lo
saben: la Elisa, va depositada judicial-
mente pa no necesitar el consentimiento
ni el consejo de sus padres. ¿Hay algo
más que decir?

Ma ROSA.--

(Que salió por la izquierda
a tiempo de oír lo anterior.)

¡Sí que hay que decir! ¿Dónde está mi
hija?

MARCIA.- En el Juzgado, preparando los trámites.

Ma ROSA.- Vaya usted y dígala que venga. Que su madre se lo manda.

ALIPIO.- Y que su padre se lo ruega.

MARCIA.- Eso se lo dicen ustedes al Juez.

Ma ROSA.- ¡Eso se lo digo yo a usted, que ha sido la que le ha metido los pájaros en la cabeza!

MARCIA.- Ella lo aprendió en la Oficina. ¡Allí aprenden las chicas muchas cosas buenas!

ALIPIO.- ¡Si ya lo decía yo!...

Ma ROSA.- ¡Tú no dices nada!

(A Marciana)

¡Y usted es una tía bruja que se ha aprovechado de sus pocos años!

MARCIA.- ¿Yo, bruja?

Ma ROSA.- ¡Usted!

ALIPIO.- Marie Rosa, que te pierdes.

Ma ROSA.- ¡Prefiero perderme yo antes que la chica!

ALIPIO.- Yo creo, chatilla mía, que debíamos ceder, y que el Gonzalo volviera aquí... y que nuestra pague fuera feliz con su desecho...

Ma ROSA.- ¡Nunca! La niña es menor de edad y tiene que obedecernos.

MARCIA.- No va a querer.

Ma ROSA.- ¡Váyase usted ya!

ALIPIO.- (Suplicante)

Maria Rosa, mira que la Elisa...

Ma ROSA.- ¡No miro nada!

ALIPIO.- ¡Si no la hubiéramos mandado a la Oficina!...

Ma ROSA.- ¡Que venga la chica!...

ALIPIO.- Y que vuelva el Gonzalo!...

Ma ROSA.- ¡Bragatas!

ALIPIO.- Que no se nos case la chica sin que vaya de mi brazo... Anda, mujer, no tengamos esa pena...

MARCIA.- Sea usted sensible, Maria Rosa.

ALIPIO.- Somos buenos con ella...

Ma ROSA.- (A Marciana)

¡Dígale que ahora mismo voy por ella!

MARCIA.- ¡Pues sea! Ustedes lo han querido. ¿La guerra?; ¡pues la guerra! ¡Mala madre!

(Mutis por el foro)

Ma ROSA.- ¿Yo mala madre? ¿Yo?... ¿Yo que todo lo hago por ella; que no miro más que por su bien?... ¿Y así me paga?... ¡Ella sí que es mala hija!

ALIPPIO.-- ¡No!, ella no... Perdónala, María Rosa...
Mira, te lo pido de rodillas.

(Cae de hinojos)

MA ROSA.-- ¡Quita, padrazo! Hay que imponer nuestra autoridad de padres.

ALIPPIO.-- (La sigue, andando de rodillas.)

¡Hazlo por las buenas! ¡Por las buenas lo conseguiremos tó!... Es nuestra hija áfrica...

MA ROSA.-- ¡Por eso mismo! Hay que llevarla por el buen camino.

ALIPPIO.-- ¡Por mí, María Rosa, por mí!...

MA ROSA.-- ¡Só hombre, Alipio, só hombre!... Y ¡levanta!; levanta del suelo, que me humillas...

(Enternecida)

¡No quiero verte así! ¡No puedo! ¡Tú, a mi altura! ¡a mi lado! Donde te pertenece.

(Le ayuda a levantar)

ALIPPIO.-- ¡Ande haga falta!

MA ROSA.-- ¡Pues así! De rodillas ¡sólo ante Dios!

ALIPPIO.-- Por El te lo pedía...

MA ROSA.-- ¡Y por El lo tendremos todo! Pero los dos

juntos, con la misma dignidad. ¡Eres tú
mucho para mí! ¡mucho!

ALIPIO.-- ¡Maria Rosa!... ¡Chatilla!

MA ROSA.-- ¡Mi hombre bueno!

(Cambia. Decidida se quita el
delantal con energía.

ALIPIO.-- ¿Ande vas?

MA ROSA.-- ¡A mi obligación! ¡A traerte tu hijo,
¡la muestra!

ALIPIO.-- (Enternecido)

¡Gracias!... Espera.

(Se quita el cinturón y se lo
ofrece.

Toma: ¡pa ti! ¡pa ti!...

MA ROSA.-- (Sonriéndole entre sus lágri-
mas.

No... para mí, ¡esos!

(Por sus brazos, tendiéndole
los suyos.

¡Estos, Alipio! ¡Estos!

(Se abrazan enternecidos)

T E L O N

.. .. .

GUILLERMO Y RAFAEL FERNANDEZ SHAW

D O N C E L O F A N

.....

ACTO TERCERO.

.....





ACTO TERCERO

.....

El mismo lugar de acción.

Ha sido abierta la tienda, y el hombre del foro vuelve a estar como en el Acto 1º.

.....

(En escena, ISABEL y JUANIN
(atendiendo a la clientela.

(Hay UNA SEÑORA con un ramo
(de flores en la mano.

SEÑORA.—

(A Isabel)

¡Ay, qué flores tan preciosas! Es que tienen ustedes las mejores flores de Madrid.

ISABEL.— Favor que usted nos hace, señora.

SEÑORA.— ¡Preciosas, preciosas!

(Entran UNA SEÑORITA y UN SEÑORITO.

SEÑORITO.— Buenas tardes.

JUANIN.— Díganme qué desean.

(La Señora hace un momento de
(paseada por Isabel hasta la
(puerta.

ISABEL.-- Usted lo pase bien.

SEÑORITO.-- (A Juanín)

¡Qué elegante te han puesto, chaval!

(A su novia)

Oye, nena, ¿qué llevas por fin?

SEÑORITA.-- ¿Ya no hay violetas, verdad?

ISABEL.-- Se está acabando la estación. Pero tenemos gran variedad de otras flores. Pueden verlo todo.

SEÑORITO.-- (A Juanín)

¡Vaya gorrita que te han puesto!, salao.

JUANIN.-- (Aparte)

¡Y dale!

ISABEL.-- ¿Unos claveles?... ¿Un prendido de ciclamen?... Vea qué rosas tan bonitas...

SEÑORITA.-- Dame un prendido de ciclamen; sí, es suficiente.

(Isabel, se lo pone en el pecho.)

Mira qué monada, Alberto.

SEÑORITO.-- Está monísimo.

(Por Juanín)

SEÑORITA.-- No seas guasón y paga.

SEÑORITO.-- (Se acerca a la Caja donde está ya Isabel, y paga.)

Oiga, ¿el chaval es de la casa?

ISABEL.-- (Amable)

Sí, señor.

SEÑORITO.-- Pues parece de exposición.

(Ríe)

SEÑORITA.-- Anda, guapo; no seas gansipede.

SEÑORITO.-- (Al mutis con la Señorita)

¡Que te cuides, monín!

JUANIN.-- ¡Ay, qué tío! Pero, ¡bueno! ¿tan guapo estoy que se han de meter conmigo? Desde mañana le digo a Don Alipio que me ponga de paisano.

ISABEL.-- No le digas nada todavía y achántate. Que hoy sí que está valiente.

JUANIN.-- (Comiendo pipas y escupiendo las cáscaras.)

¡También lo estoy yo! ¡Que me ha puesto más jabato ese tío que se acaba de ir!...

ISABEL.-- Oye, rico, ¿no puedes escupir las pipas para otra parte? ¡Buena estás poniendo la tienda!.

JUANIN.-- ¿Y qué? No voy a dejar de comer pipas. ¡Con la de vitaminas que tienen! Y que

me han dicho que son como las espinacas de Popeye, que hacen hiceps.

ISABEL.-- ¡Hale! Arregla un poco...

JUANIN.-- ¡También es bueno! ¿Por qué he de hacer yo el trabajo de Gonzalo? ¡Anda y que no le hubieran despedido!...

(Se sienta en una silla, saca una novela del Ceste y se pone a leer y a comer pipas.

ISABEL.-- ¡Juanin, que te juegas el cutis! Deja las novelas del Ceste.

JUANIN.-- ¡A mí qué! Así como así me están haciendo ofrecimientos en "La Orquídea" pa que me vaya con ellos...

ISABEL.-- ¿Pero tú haces caso a la competencia?

JUANIN.-- ¡No que no!

ISABEL.-- Pues díselo a Don Alipio y verás lo que es bueno. Ahí le tienes; anda.

(Señalando el interior del foro.

JUANIN.-- ¡Ahí ¿pero está ahí el "cherif"?.

ISABEL.-- Como un león enjaulado.

JUANIN.-- ¡Eso se avisa! ¡Cree que se había ido también a buscar a la señorita Elisa!...

(Guarda precipitadamente la novela y esparce las cáscaras de pipas del suelo con el pie.

ISABEL.- Esa no vuelve ni con música.

JUANIN.- ¡Me alegro! ¡Que sufra este tío!

ISABEL.- ¡Calla, peque!, que te va a oír. ¡Arregla eso!...

(Por la mesa.- Trabajan los dos.

ALIPIO.- (Por el foro)

¿Qué?... ¿Qué?... ¿Han venido ya?

ISABEL.- No, señor. Nadie.

ALIPIO.- ¡Ay, Isabelilla!... Isabelilla... ¿Tú crees que volverá la Elisa, verdad?

ISABEL.- No se apure usted, Don Alipio: ella es buena y les quiere...

ALIPIO.- Pero quiere más al Gonzalo. Hola, Juanín, hijo mío: no te había visto.

JUANIN.- Hola, Don Alipio.

ALIPIO.- ¿Has comido bien?

JUANIN.- Sí, señor...

ALIPIO.- Bueno, rico, bueno... Oye ¿qué te parecería si te ascendiera a dependiente y te quitara de ir de uniforme?, porque esa gorra...

JUANIN.- ¡Ay, que me ha oído!

(Aparte)

Como usted quiera, Don Alipio; pero yo...
yo me encuentro bien así... la gorra es
preciosa.

(La da un metido cuando no le
ven.)

ALIPIO.- Oye, Isabel, guapa: ¿tú crees que debié-
ramos llamar por teléfono a las Casas de
Socorro, por si acaso?

ISABEL.- ¡Ay, señor Alipio!, no lo creo necesario.

ALIPIO.- Es que como mi mujer los haya encontrado
y haya habido resistencia... Anda, Juanín,
rico, anómate a ver si los ves de venir...
o si pasa alguna Ambulancia de la Cruz
Roja...

(Juanín se va al lateral de-
rechayy se asoma.)

Isabelita... perdóname; pero estoy que no
reconcomio de impaciencia...

ISABEL.- Diga, Don Alipio.

ALIPIO.- ¿Y si diésemos un aviso a la Radio pa
su servicio de socorro?

ISABEL.- Vamos, Don Alipio, cálmese usted...

ALIPIO.- ¿Tú crees capaz a la Elisa de hacer eso que ha dicho? ¿Tan guapo es el Congalo como pa que le quiera más que a mí?

ISABEL.- Guapo sí que es guapo.

ALIPIO.- ¿Más que yo?

ISABEL.- (Ríe)

¡Qué comparaciones!

ALIPIO.- ¿Y es tan bueno como pa merecerse a mi Elisa?

ISABEL.- Eso sí que sí; y formal. Ya ve usted; a mí ésta es la hora en que no me ha dicho un piropo. ¡Todos para ella!

ALIPIO.- (Ríe complacido)

Me alegro... No es que tú no los merezcas; pero me alegro.

ISABEL.- Y trabajador como él solo. ¡Y más interesado por el negocio!

ALIPIO.- Oye, rica ¿cuánto le cobras por la propaganda?

ISABEL.- Yo nada; pero la verdad es la verdad. Y ha hecho usted el primo echándole de la tienda; porque, al fin y al cabo, él no puede haberle faltado en mucho... y un dependiente como él, yo me oree que lo

va a ser difícil encontrarlo.

ALIPIO.— No, si yo... yo ya me sé tó eso; pero...

(Acordándose de los pantalones.)

¡recontral...! ¡No me hables más del Gonzalo!... Anda, llama a la casa de Socóns próxima...

JUANIE.—

(Entrando en tromba por la derecha.)

¡Don Alipio! ¡Don Alipio! ¡Ya! ¡Ya!...

¡Ahí!... ¡Aquí!...

ALIPIO.— ¿Qué?... ¿Quién?... ¿Quiénes?...

Ma ROSA.—

(Por la derecha, empujando a Elisa para que pase.)

Pasa.

(Lo hace ELISA, ruborosa)

ALIPIO.— ¡Peque mía!

(La abraza)

ISABEL.— ¡Elisa!

ALIPIO.— ¡Peque! ¡Mi peque!

(Besándola)

Miura mía...

Ma ROSA.— Bueno; ya está. Menos mimos, y vamos adentro.

ALIPIO.— Gracias, María Rosa... Y, oye, ¿qué?...

¿cómo te la has traído?

Ma ROSA.-- Por las buenas.

ELISA.-- ¡Madre!

Ma ROSA.-- Bueno: por las medianas. Me encontré a la pareja arrullándose en un bar de la Glorieta de Bilbao... Y, claro, pues aquí estamos.

ALIPIO.-- (Aparte)

¡Doña María de Molina!

Ma ROSA.-- No se hable más del asunto.

ELISA.-- ¡Sí, madre!: tenemos mucho que hablar.

Ma ROSA.-- ... Anda, vente adentro para que te seren-
nes y reflexiones como es debido; anda.

ALIPIO.-- (Aparte a María Rosa)

Oye, ¿la has pegao?

Ma ROSA.-- Todavía no.

ALIPIO.-- No, pues no lo hagas, ¡pobrecilla!

Ma ROSA.-- Pero a Gonzalo...

(Enseñándole las uñas)

mira.

ALIPIO.-- ¡Tomá! ¡Te has hecho la manicura!

Ma ROSA.-- ¡En su cara!

(Elisa, que sigue limpiando-
(se las lágrimas.

Basta de lloriqueos. ¡Andando!

ALIPIO.-

(Haciéndola señas con los dedos de la mano.

¡Elisilla!...

(Sonriéndola)

¡Peque!

(Tirándola unos besos. Ella, (al fin, le sonríe y se los devuelve.

¡Tós pa mí! ¡Tós pa mí!

(Elisa rompe a llorar y hace mutis rápido por el foro.

Oye, chatilla, María Rosa; espera unas mijajas... ¡Estoy más contento!...

Ma ROSA.- Y yo. No lo sabes tú bien.

ALIPIO.- ¿Te he dao las gracias como es debido?

Ma ROSA.- (Feliz)

Sí, hombre, sí...

ALIPIO.- Escucha: quisiera una cosa...

Ma ROSA.- ¡Hombre!, aquí en la tienda nó; cuando no haya nadie delante...

ALIPIO.- Pues por lo finolis.

(La coge una mano, se la acaricia... y se la lleva a los labios.

Y, oye, chatilla, oye... ¡Jé!... ¿Y si hiciéramos volver al Gonzalo?

MA ROSA.-- ¡Y dale! No, no y no. Y después de lo sucedido, menos.

ALIPIO.-- Es que me he informado, y sé que haría feliz a la chica.

MA ROSA.-- Sigues delirando.

(Entra un SEÑOR al que atien-
(de Isabel, hablando entre
(ellos sin que se les oiga.
(Juanín está en la puerta.

ALIPIO.-- Es muy buen chico.

MA ROSA.-- Sin dos pesetas.

ALIPIO.-- Muy formal.

MA ROSA.-- ¿Y qué; es que con eso va a mantener a la Elisa? ¿Es que va a vivir de guagua en nuestra casa? ¿Podemos cargar con ellos, y con lo que vengan? ¿Es que el negocio de las flores da para tantos? ¿Es que es eso y lo que se merece y debe tener nuestra hija? ¡No, hijo, no! Bueno está lo bueno. ¡Que yo sé lo que es casarse con un jardinero!

ALIPIO.-- ¡Oye!, ¡que ese he sido yo!.

MA ROSA.-- Por eso quiero algo más para mi hija.

ALIPIO.-- Pues no te ha ido tan mal, digo yo.

Me ROSA.-- Quiero que la chica no tenga que pasar lo que nosotros pasamos al principio. ¡No hablenos más! Y hágase caso, Alipio, hágase caso; que ya has visto cómo tengo siempre razón...

ALIPIO.-- Yo es pensando en la pena que tiene la pequeña...

Me ROSA.-- Ya se le pasará. Me voy con ella.

ALIPIO.-- Anda, sí; que a lo mejor le ha dado un patatús. Y dale recuerdos míos... Ya me avisarás cuándo debo yo estar con ella.

Me ROSA.-- (Haciendo mutis por el foro)

Hasta luego... Y cuidar la tienda.

(El señor hace mutis por la derecha. Juanín le hace los honores.)

ALIPIO.-- (Frotándose las manos de gusto y en el colmo de su alegría.)

"¡Eugenia de Montijo,
la rala lará lará! "

(Ríe)

¡Esto hay que mojarlo! ¿No te parece, Isabel?

JUANIN.-- Sí, señor Alipio. ¿Qué traigo de la pas-

telería?

(Muy diligente)

ALIPPIO.- Unos pastelitos y unas copejas de Málaga, estarían imponente. ¡Y diez de pipas pa ti!.

JUANIN.- Escapao.

ALIPPIO.- ¡Oye, rico, espera que te dé los cuartos!

(Se los dá)

JUANIN.- A mí me lo fian.

ALIPPIO.- Pero ¿hay quien se fie de ti?

JUANIN.- La pípera, sí; que soy cliente.

ALIPPIO.- ¡Pues arrae!, y que sea enhorabuena.

(Mutis de Juanin)

¡Ay, Isabel!, cuánto dan que sufrir los hijos. ¡Ya verá usted cuando sea padre!

ISABEL.- (Riendo)

¡Señor Alipio!

ALIPPIO.- ¡La voy a subir el sueldo a usted.

ISABEL.- ¡Don Alipio!, muchas gracias.

ALIPPIO.- Las que tú tienes, guapa. Y al Juanin, también. Y a mi mujer la voy a comprar un "olip" de oro que a mí me gusta mucho; y a la Elisa, otro que le gusta a ella...

¡Y a mí me voy a comprar otra gorra!, que esta ya ha hecho el servicio militar conmigo.

ISABEL.-- ¿Pero iba usted de gorra?

ALIPIO.-- Al servicio no; pero a los teatros siempre. ¡Viva la felicidad! ¡Viva la uforia!

(Tira la gorra al alto)

MARCIANA.--

(Por la derecha)

(Con "guasa" y las del beri)

Vi--va.

ALIPIO.--

(Aparte)

¡S'aguó la fiesta!

MARCIANA.--He dicho: vi--va.

ALIPIO.-- Gracias, señor Marciana.

MARCIANA.--De nada.

ALIPIO.-- ¿Qué... qué usted un ramito de rosas?

MARCIANA.--No soy cliente.

ALIPIO.-- ¿Qué... qué usted sentarse?

MARCIANA.--No puedo.

ALIPIO.-- ¿Es que se vá usted ya?

MARCIANA.--¡Es que no puedo!

ALIPIO.-- Si qué usted la ponemos dos sillas juntas... pa que pueda.

MARCIA.- ¿Chufilas encima?

ALIPIO.- No, señá Marciana: optimismo, placer que me rebosa. Cállese; comprendo su alteración maternal... y hasta que le haiga subido la tensión... No, no: no se sulfure. En cambio a mí me ha bajao.

MARCIA.- ¡Y más que le va a bajar! ¡La faena que me han hecho, ¡esa!, no se la perdono a ustedes!

ALIPIO.- Pero, bueno ¿y la que nos quería hacer usted a nosotros?

MARCIA.- Ese es el punto y aparte.

ALIPIO.- Déjese usted de ortografías y vengamos a razones.

MARCIA.- ¡Pero ¿qué razones ni nada si además de impedir que la Elisa se case con el Gonzalo me han dejao al chico que parece un Ecce-Homo.

ALIPIO.- Eso han sido huellas de la refriega.

MARCIA.- Pues esas huellas me las tienen que pagar. Y, además, no se crean que por haberse traído a la chica a casa ya se ha acabado lo de ir deposita pa mientras se

casa, que de eso se encarga el señor Juez.

ALIPIO.— El señor Juez y tós los señores jueces del mundo me creo yo que no harán ná si la interfecta no lo quiere; y como me parece que de eso ya se está encargando su madre, pues ¡vaya!

MARCIA.— Usté está trasbordao.

ALIPIO.— Trascordao, querrá decir.

MARCIA.— No señor: trasbordao, que yo sé bien el castellano; y "trasbordao" quité decir trasladao a otra parte. Vamos, que no sabe usté ná de esto, porque a la Elisa, me "costa"...

ALIPIO.— "Consta", con ene. Y ahora la trasborda es usté.

MARCIA.— ¡Me "costa"!... ¡me "costa"! que no la convence nadie, —y ese nadie es su madre—, de que deje de casarse con mi hijo, ¡que es más hombre que usté! y es más bueno que usté, y la quiere más que usté y es más...

ALIPIO.— ¡Más eso que usté!

MARCIA.— ¡Y que usté!

ALIPIO.- ¡Pa usté!

JUANIN.-

(Entrando por la derecha, con
(un paquete de pasteles y una
(botella en las manos.

¡Los pasteles!

ALIPIO.-

(Gorgiéndolos)

¡Pa mí! Toma, Isabel, llévalos pa dentro.
Venga la vuelta, Juanín.

(Este se la dá)

¿Te han fiao las pipas?

JUANIN.- Sí, señor.

ALIPIO.- ¡Qué grande eres! Pues vete a que te fien
más y te quedas a la puerta hasta que yo
acabe con esta señora.

(Isabel se ha ido por el foro,
(y Juanín lo hace por la de-
(recha.

MARCIA.- Bueno, señor Alipio, por última vez y por
las buenas: ¿quiere usted admitir de nue-
vo al Gonzalo y dejar a la Elisa que se
case con él?

ALIPIO.- No.

MARCIA.- ¿Quié usted hacer desgraciada a su hija?

ALIPIO.- No. Y no me haga más preguntas. Porque

desgracia si que hubiera sido si su madre no llega a dar con ella y a traerla a esta su casa. Y como la Elisa es más sensata y más honrá, yo sé que a estas horas está siguiendo el consejo de su madre, que es de quien únicamente tiene que tomar ejemplo.

MARCIA.— ¿De su madre? ¡Sí, sí!

ALIPIO.— Natural y ¿qué pasa?

MARCIA.— Que un padre puede estar cecaco; pero un marido, no.

ALIPIO.— ¿Lo dice por experiencia?

MARCIA.— Lo digo por lo que he visto.

ALIPIO.— ¡Usted qué va a ver; usted qué va a ver!...

MARCIA.— Visto y oído. Y ¡eha!: ¡allá vá! Guíde usted de su mujer.

ALIPIO.— Como de las niñas de mis ojos.

MARCIA.— Más, ¡so lila! Y que la Elisa no tome su ejemplo, porque en ese caso sí que soy yo la que se opone a su boda con mi Gonzalo.

ALIPIO.— Pero ¡bueno!; usted delira.

MARCIA.— Y usted está en lo más alto y frondoso de

la higuera. La María Rosa se la está pegando a usted.

ALIPIO.- ¡Mentira!

MARCIA.- Con ese señor Luis que ha estado hoy aquí ya dos veces. ¡Dos veces!...

ALIPIO.- Ha venido a unos negocios conmigo.

MARCIA.- ¡Sí, sí!; menudo negocio se trae. ¿A que usted se lo ha aceptado?

ALIPIO.- Estamos pa firmarlo.

MARCIA.- ¡Pues, firme, firme!, aunque ella, como es natural, le diga que no lo haga. Así le encela, y lo hace usted creyendo que realiza un negocio y la lleva la contraria, que esto último da mucho postín de mando a un marido. ¡Bala!: firme, firme señor Alipio... Y luego, diga a la Elisa que siga el ejemplo de su madre.

ALIPIO.- (De sorpresa en sorpresa)

¡Amos, andel... ¡Amos, andel!

MARCIA.- ¡Si conociéramos a ese individuo!... Donde pone el ojo, pone las pesetas, y donde pone las pesetas... deshace la felicidad de un hogar, a nada que la "ella" se blandee...

ALIPIO.- ¡María Rosa no se blanda!

MARCIA.- Sería la primera... Es su táctica: emborrachar al marido a fuerza de miles de duros, de los que él se recupera con ganancias; deslumbrarle a él, deslumbrarla a ella... La "ella" que se tiene que mostrar agradecida, y el "él" que se muestra agradecido y obligado, y que no se entera de ná y que lo toma tó... Y que yo he presenciado la faena desde el burladero, en esta plaza, dos veces en lo que va de hoy.

ALIPIO.- ¡Cállese ya, señá Marciana, que ya está bien!

MARCIA.- Usté sí que está inmejorable. ¡Primo!... ¡Panolí!... ¡Lila!...

ALIPIO.- Señá Marciana... Señá Marciana. Que usté no se da cuenta de lo que acaba de decir. Que tó eso es ná grave.

MARCIA.- Gravísimo...

ALIPIO.- Júreme usté por sus muertos que es verdá.

MARCIA.- ¡Jura!

ALIPIO.- Pero ¿jura, jura?...

MARCIA.- ¡Jura! ¿No le ha ofrecido el dinero en

abundancia; no le ha deslumbrao con su oferta?...

ALIPIO.- Cierta...

MARCIA.- ¿No se ha negao ella a que usté entrara en negocios con él?

ALIPIO.- Sí...

MARCIA.- ¡Pues ande!; ¿qué más quiere usté?

ALIPIO.- No pué ser... Es imposible...

MARCIA.- ¡Pero menos!

ALIPIO.- Usté es que ha querio vengarse de mí por el asunto de los chicos...

MARCIA.- Vengarme, no: poner las cosas en razón. Y prestas ya, ¡las del aire!

(Iniciando el matís por la derecha.

En Luchana, 84, darán razón.

(Volviendo)

¡Ahí, y ya tendrá noticias mías y del Gonzalo por medio del Juez... que, además, es de los que todavía usan barba.

(Matís)

ALIPIO.- ¡Aspirante a suegra tenías que ser!...

(Muy nervioso)

De esto no había habido, Alipio; de esto

no... ¡Porra!, ni que haberlo... Me he quedado sin saliva... ¡Toma!, y se me doblan las piernas...

(Se sienta en una silla cerca
de la mesa de la izquierda.

¿Pero, bueno?... ¡Ay, Alipio, que se te vá la cabeza!...

ISABEL.—

(Por el foro)

Ya he arreglado los pasteles... Y usted perdone si he tardado; pero me acerqué a ver a la Elisa, que la pobre está que no hace más que llorar y llorar... ¡Anda!; pero ¿usted también llora?

ALIPIO.—

(Disimulando)

De lo contento que estoy.

JUANIN.—

(Entrando)

¿Puedo ya pasar?

ISABEL.— Inténtalo.

ALIPIO.— Tráeme un vaso de agua, Juanín.

(Juanín se vá por el foro
(y lo trae a poco.

JUANIN.— Sí, señor.

APODERADO.—

(Un señor muy elegante, por
la derecha.

Buenas tardes.

ISABEL.-- Buenas, señor. ¿Qué desea?

APODE.-- ¿Ustedes hacen coronas?

(Alipio lo mira)

ISABEL.-- Sí, señor.

APODE.-- Quisiera una para mañana por la mañana.

El entierro es a las 11.

ISABEL.-- ¿Cómo la quiere el señor?

APODE.-- Lo más lucida posible.

ISABEL.-- Eso depende de lo que quiera gastar...

APODE.-- Mire, señorita; en confianza le diré que es para un compañero de la Oficina que ha fallecido; se ha hecho una suscripción entre los empleados y me han comisionado a mí como Apoderado que soy, para que no pase de los cincuenta duros. Ya sabe usted lo que son estas cosas; así es que lo que me interesa es quedar yo bien ante toda esa gente.

ISABEL.-- Descuide el señor. Ahora precisamente, en primavera, la flor está más barata y hay mucha abundancia. Quedará satisfecho.

APODE.-- ¿Será grandecita?

ISABEL.-- Ya lo creo.

APODE.-- Oiga, ¿de la cuestión de las cintas se

encargan ustedes también?

(JUANIN trae el vaso de agua
(que bebe Alipio, y vuelve a
irse por el foro.

ISABEL.-- De todo, caballero. ¿Qué inscripción le
ponemos?

APODE.-- (Dictando a Isabel)

A Alipio...

ALIPIO.-- (Saltando)

¡También es coincidencia!...

APODE.-- Sí, Alipio; sin ache ¿eh? "A Alipio Bor-
midez, sus Jefes y compañeros"... Que
sean grandes las letras ¿eh? ¡Por Dios!:
que me dejen bien. La llevan a estas se-
ñas:

(Dando un papel)

ISABEL.-- Estará como es debido, a su hora.

APODE.-- (Pagando)

Aquí tiene usted.

(Iniciando el mutis)

Que quede yo bien, por favor: que luego
los compañeros piensen mal de uno y no
hay quien los convenza. Siempre se creen
que se guarda uno algo. ¡No saben la pa-

peletita que es! Y los disgustos que dan estas cosas...

ALIPIO.-- (Desde su sitio)

Sí: sobre todo al difunto.

(Mutis del Apoderado por la derecha.)

ISABEL.-- ¿Le duele a usted la cabeza, Don Alipio?

ALIPIO.-- ¡No, no!, la cabeza, no; no me ha dolido nunca. ¡Jé, jé!... ni me dolerá...

(Acciona y habla para sí)

ISABEL.-- ¡Don Alipio!, que está usted hablando solo.

ALIPIO.-- ¡Jé!: hablando... y cantando por lo bajinis. ¡Contento que está uno!

ISABEL.-- Si viera usted, en cambio, cómo llora la Elisa...

ALIPIO.-- ¡Pobre peque mía!

LUIS.-- (Por la derecha)

¡A las bucras, Alipio!

ALIPIO.-- (A Juanín que volvió a salir)

¡Juanín!: a comer pipas a la puerta.

JUANIN.-- ¡Sí, sí, pipas!: ¡pastelitos!, que me he mangao dos de nata...

(Mutis derecha)

ALIPIO.- Isabel ¿quién usted ir preparando esa corona en el taller? Yo iré a terminarla.

(Isabel se vá por la izquier
(ga.)

ISABEL.- No se preocupe, y llámeme si viene clientela.
(Mutis)

ALIPIO.- ¡Hola, Luisete!

LUIS.- ¡Aquí estamos!

ALIPIO.- ¿Quiénes?

LUIS.- Yo... y el contrato de venta.

ALIPIO.- ¡El borracho por delante, pa que no se espante!

LUIS.- ¡Guasón!

(Ampañándole)

ALIPIO.- Alegre que está uno: el corazón que me salta a la comba.

LUIS.- Pues prepárate a darle tocino.

(Ríe)

¿No está la María Rosa?

ALIPIO.- No; anda de... verbena con la peque.

LUIS.- ¿De verbena?

ALIPIO.- Bueno, ¡de verbena!... dándole consejos pa que cuando vaya a la verbena no se monte en el tío-vivo.

LUIS.- ¿Le gusta más la ola giratoria?

ALIPIO.- La gusta más tirar con escopeta a los cabecitas del pin-pam-pum.

LUIS.- ¡Hombre!, en eso fué yo el año.

ALIPIO.- Pero ya no ¿verdad?

LUIS.- Todavía me queda pulso, y las doy casi todas.

ALIPIO.- Pues yb no narro: de cinco tiros, hago seis dianas.

LUIS.- Oye, que te falta un tiro.

ALIPIO.- Es que el sexto lo doy de carambola.

LUIS.- ¡Que los tios!

ALIPIO.- Ya lo verás.

LUIS.- ¡Que nõ me alegra verte tan contento...y tan confiado! ¡Eres grande, Alipio!

ALIPIO.- Uno cincuenta de alto. Pero ya creceré. Y que la esencia fina en frasco pequeño se vende.

LUIS.- ¡Eso! Ahora que, de esta alegría tuya de hoy, me pertenece el cincuenta por ciento.

ALIPIO.- ¡Eh!, cuidao: de lo mío, no te portehoce ná.

LUIS.- ¡Si te la he traído yo! ¡Aquí está!

(Por los papeles que trae)

¡Un milloncito de pesetas!...

ALIPIO.- ¿Sin descuentos?

LUIS.- Mondo y lirondo.

ALIPIO.- ¿Limpio de impuestos?

LUIS.- Salvo los derechos reales, que esos son de cuenta del vendedor.

ALIPIO.- ¿Y los gastos de escritura?

LUIS.- ¡Eso no vá a ninguna parte! Toma: léo, pa que te empapes.

ALIPIO.- Será pa que me entere, ¿no? Eso de empapar, es feo.

LUIS.- Una frase hecha.

ALIPIO.- Pues déjalas a un lado, que eso ya no se estila. Tomo, y leo...

(Léo)

y me voy enterando.

LUIS.- ¡Jó! ¡Monuda fortuna se te entra por las puertas!... ¡Te hago rico!... A ti pué que eso ya no te interese, porque tá eres hombre de pocas necesidades...

ALIPIO.- ¡Hombre, te diré!...

LUIS.- Pero a tu mujer...

(A Alipio se le caen los papeles de la mano.)

y sobre todo a tu hija, que me figuro andará ya con sus proyectos de casorio...

(Alipio se queda parado al oírlo.)

¡A tu hija la ponía en casa! Se lo entregabas de dote de boda, y ¡pa qué te cuento! ¡No la iba a haber más feliz en el mundo! ¡Ahí es nada!: empujar la vida de casados con una buena fortuna en la mano y un porvenir risuello por delante... ¡el disloque! ¿Qué más puede apetecer un padre? ¡Tío con suerte! Nada, nada; no mires más. Como ves, el contrato es firme: a cincuenta pesetas pitó, los veinte mil justos según la escritura; porque las tres parcelas suman eso exactamente. Y conste que hemos llegado a ese precio por tratarse de ti... que yo he tenido que poner toda mi influencia ante mis socios, y, claro, como yo soy el socio principal... ¡hecho! Firma la escritura y te firmo el cheque ahora mismo si quieres. ¡Hale! ¡Alipio!

ALIPIO.— El caso es que...

LUIS.- ¿No tienes pluma? Toma la mía, que es de punto universal.

ALIPIO.- Espera, espera...

LUIS.- ¿Dudas? ¡No seas nemo, hombre!

ALIPIO.- No, si no es eso...

LUIS.- ¿Te vas a volver atrás? Ocasión como ésta no se te vuelve a presentar... Piensa en la dote de tu hija; en que es ¡un millón de pesetas! ¡Un millón!...

ALIPIO.- (Duda... Lucha interiormente)

Trac... trae la pluma...

LUIS.- ¡Eh! ¡Menuda alegría vamos a darle a María Rosa!

ALIPIO.- (Cayéndosele la pluma)

¡No!

LUIS.- (Recogiendo la pluma)

¡Arrea! ¡Se ha despuntado!

ALIPIO.- ¡No!... No... No me decido...

(Aparte)

Perdona, peque mía...

LUIS.- ¿A qué viene esto? ¡Firma!

ALIPIO.- No... "querido Luis".

LUIS.- ¡No seas primo!

ALIPPIO.- ¡Eso! no quise ser un primo. Mira, Luis; yo no sé si tú me conoces bien. Yo he tenido siempre fama, de chico y luego ya de mayor, aunque continúe siendo chico, de ser un hombre apocado, corto de genio; demasiado bueno, ¡un calzonazos! valga la frase. No me interrumpas. Gracias a la María Rosa, ¡que eso sí que es una mujer!, desde que nos casamos, por lo menos ante la gente he dejado de serlo, y pa los demás y pa el negocio soy un tío de pelo en pecho. ¡Aquí me tienen hasta las ratas!

LUIS.- ¡Pero, bueno!, ¿a qué viene esta confesión?

ALIPPIO.- A que en este asunto, no quiero ser el hombre blando y bueno de mi natural de ser. A que en este negocio contigo, quiero ser el financiero de corazón duro.

LUIS.- ¿Qué dices? Pero ¿a qué viene todo esto?

ALIPPIO.- A que, por pensar más que en mí, en mi mujer y en mi hija, quiero que discutamos un poco este contrato de venta.

LUIS.- ¡Si es imponente para tí!

ALIPPIO.- Pues quiero que lo sea más.

LUIS.- Estás loco.

ALIPIO.- Me parece barato el precio del pié que has fijao.

LUIS.- ¿Barato?

ALIPIO.- ¡Tirao!

LUIS.- Pues ¿a cuanto quieres el pié?

ALIPIO.- Ahí está el basilis del cónquibus. Me parece tirao a cincuenta pesetas. Lo quiero al doble por lo menos.

LUIS.- ¡Al doble! ¡Deliras!

ALIPIO.- Y es regalao. Regalao porque incluso al triple y al cuádruple sería barato.

LUIS.- ¡Eso es que han venido a hablarte de otra inmobiliaria! ¡Maldita seria y te han llenado la sesera de pretensiones.

ALIPIO.- Toma bien la aguja y no descarriles. A mí no me ha hablao nadie donde que te fuiste.

LUIS.- ¿Quién ha sido? ¿La Cibeleza? ¿La Conquesa? ¿La Palasa?

ALIPIO.- ¡Ni la Espasa, ni la Guesa, ni la Colasa!: ¡ni casa! ¿Qué pasa?

LUIS.- En resumen, ¿cuanto quieres?

ALIPIO.- Lo dicho.

LUIS.- Concreta.

ALIPIO.- A doscientas.

LUIS.- Es caro.

ALIPIO.- A ciento setenta y cinco.

LUIS.- Caro.

ALIPIO.- ¡A ciento cincuenta!

LUIS.- Yo no puedo pagar eso; es demasiado caro para mí.

ALIPIO.- Natural... ¡Desgracia!

LUIS.- ¿Qué dices?

ALIPIO.- Que eres tú muy poco pa comprar las cosas a su valor.

LUIS.- ¡Yo tengo mucho dinero!

ALIPIO.- ¡Menos!

LUIS.- ¡Muchísimo!

ALIPIO.- Pero pa comprarme lo que me querías comprar ¡no tienes dinero bastante!

LUIS.- El Jardín de la Gloria no vale más; te lo digo yo.

ALIPIO.- Pero lo que hay detrás del jardín, no hay pesetas bastantes en el mundo pa pagarlo.

LUIS.- ¿Qué dices?

ALIPIO.- ¡Que eso no se vende!

(Por el foro sale MARIA ROSA
(que se queda parada al oír-

(les, de forma que ellos no la vean.

(Con arranque muy varonil.

¡Que la María Rosa es mía! ¡Que la María Rosa vale más que todo el oro! ¡Que a la María Rosa no hay quien me la ponga precio, ni me la compre! Porque es mía, ¡mía!, y ni yo la vendo ni ella se pone en venta... ¡Eso! ¡Eso! ¿Lo oyes, boceras? ¡Inmobiliario!

LUIS.— ¡Para el carro! ¿Yo qué tengo que ver con tu mujer?

ALFONSO.— ¡Nada! ¿tú qué vas a tener, canalla?... Pero lo querías tener, ¡lo querías! Que tras esta operación de compra de mi jardín de flores, ocultabas tu apetito de comprar también a la María Rosa. ¡Y eso no! ¡No! Muy bonito es un millón de pesetas; y con ese millón hubiera hecho feliz a mi hija pa que se casara con quien quiero y no puede; ¡mi Elisa!, que es toda mi vida y la ilusión de mis ojos; pero al precio de la honra de sus padres ¡jamás! que pida limosna; que me muera yo

de pena y tós de miseria; pero a costa de lo que tú querías que fuese inol! ¿Lo oyes? ¡Hale! ¡Es mucho mi María Rosa pa mí! Y mucho más pa tí; porque ella es una mujer honrada, decente, ¡pura!, de esas que tú no conoces, y, sin necesidad de mirarla en los ojos, yo sé que ella es mía, pa mí únicamente, con alma y vida, ¡cherán! ¡poco hombre! ¡canalla!

LUIS.- ¡Basta! ¡imbécil!

ALFIO.- ¿Yo? ¡Yo?!...

LUIS.- Con razón te llaman "Don Calosán", desgraciado; porque no tienes más que apariencias.

ALFIO.- (Ya sereno y con dominio.
(Se ca lentamente, "mientras
(ríe por no llorar", un tran-
(chete, navaja de jardinero,
(con varios útiles propios
(de la profesión.

¡Já, já, já!... Pues ahora me lo van a llamar con más razón y más motivo: ¡por lo claro, lo transparente... y lo elegante! Y por saber guardar de las moscas y moscones, las flores que yo envuel-

ve con tanto amor y tantísimo cuidado...

LUIS.- ¿Me vas a matar? (Con miedo)

ALIPIO.- No soy ningún insecticida. Pero, esto

(Por el punzón de la navaja,
(y dándole en el hombro.

es el punzón pa abrir agujeros... Esta,
la espátula

(Otro golpe)

pa arreglar las canélias. Estas, las ti-
joritas

(Otro golpe)

pa cortar las ramitas enfermas... Y ésta,
la navaja

(Otro golpe)

¡pa partirte el corazón!

LUIS.-

(Que no se ha atrevido a de-
(fenderse, asustado por la de-
(cisión y autoridad de Alipio,
(va andando, acobardado, ha-
(cía la puerta, seguido muy
(de cerca y casi encima, por
(Alipio.

Yo, la verdad... Alipio...

ALIPIO.- ¡Pa partirte el corazón!

(Le da bofetadas con el re-
(verso de la otra mano.

¡Y partirte la boca! ¡Y sacarte las tri-

pasí ¿Lo oyes? ¡Chaloi! ¡Indecente! ¡Mal hombre!

(Mutis de los dos por la derecha.)

(MARIA ROSA que se estaba ocultando toda la escena, jugando el hombro del foro, sale ya y avanza, plena de emoción al centro de la escena.)

Mª ROSA.—

(Con una alegría que no le cabe en los ojos... con cierto temor por lo que está sucediendo, y, sobre todo, con un convencimiento extraordinario por su marido, sigue con toda el alma y todo su amor lo que sigue ocurriendo ya fuera.)

¡Dios mío de mi alma!... ¡Lo que me quiere!...

(Con trémulo en la voz)

... ¡Qué hombre más hombre!... ¡Le puedes... ¡Y sin que yo se lo aconseje!...

¡Ahora sí que es todo un hombre!... ¡Ay, mi Alipio de mi vida!...

(Vuelve un poco al centro de la escena para dejar pasar a ALIPÍO que entra por la de-

(recha. La admiración se pin-
(ta en su rostro; la venera-
(ción por su marido.

ALIPIO.-

(Por la derecha, guardándose
(el tranchete, nervioso, li-
(vido por el esfuerzo hecho,
(y encajándose los pantalones
(instintivamente. Puede asus-
(tarse creyendo que viene su
(enemigo...

¡Craf!...

(Se chupa los labios resacos
(y se limpia el sudor. No ve
(a su mujer ni ve nada...

Ma ROSA.-

(Yendo a él con la mayor efi-
(sión y transida de cariño y
agradecimiento.

¡Ay, Alipio de mi vida!

ALIPIO.-

(Viéndola, y en pleno entu-
(siasmo.

¡María Rosa de mi alma!

(Abrazados tiernamente)

¡Caray!, que parece que estamos cantando
"La revoltosa"!

Ma ROSA.-

(Llorando, porque no puede
(más.

¡Dios te bendiga!

ALIPIO.- Pero, chatilla, ¿a qué vienen estos jue-

gos florales?

Ma ROSA.-- A que te he oído todo, ¡todo!

ALIPIO.-- ¿Todo?

Ma ROSA.-- ¡Sí, hombre mío, hombre bueno!,... ¡Te he oído todo!

ALIPIO.-- ¡Toma!, ni que fueras el radar.

Ma ROSA.-- ¡Soy tu esposa agradecida, tu mujer en cuerpo y alma; la que más te quiere, la que más te admira!... ¿Verdad que no necesitas mirarme a los ojos para saber cómo soy y lo leal que siempre te he sido?

ALIPIO.-- Claro, mujer; si eso no tiene importancia. Lo que pasa es que ese tío...

Ma ROSA.-- ¡Aquí no hay más tío ni más hombre que tú! ¡Te has portao como no hay otro!

ALIPIO.-- (En broma, feliz)

Machote que es uno.

Ma ROSA.-- ¡Eso!, tú lo has dicho y lo has demostrado... Dios te bendiga... ¡Dios te bendiga!... No sé, no sé cómo decirte todo lo que siento por dentro de mí; es algo tan grande, tan inmenso... ¡Alipio de mi vida!, pídemelo lo que quieras, ¡lo que quieras!

(Acaba de aparecer en el foro
(ELISA. Alipio la ve... y se
(le llena la cara de ilusión.

ALIPIO.- ¿Lo que quiera?

MA ROSA.- ¡Lo que sea!

ALIPIO.- ¡La felicidad de todos!, chatilla.

MA ROSA.- ¡Tú mandas!

(Suena el teléfono)

ALIPIO.-

(Viendo a GONZALO que entra
(por la derecha, seguido de la
(señora MARCIANA.

¡Gonzalo, atiende al teléfono!

MA ROSA.- ¿Eh?...

GONZALO.- ¿Cómo?

ALIPIO.-

(guiñándole)

¡El teléfono, hombre, el teléfono!

(Gonzalo mira a Elisa y a Ma-
(ría Rosa, que le sonríen y
(le dicen que lo haga, como
(efectivamente, y muy alegre,
(lo hace.

MARCIANA.- ¡Dice el señor Juez...!

ALIPIO.- ¡Elisa!, arregla esos encargos que hay
pendientes.

MA ROSA.- Obedece a tu padre, hija.

ISABEL.-

(Por la izquierda)

¿Donde pongo la corona?.

(Por una que trae armada en
(las manos.

ALIPIO.-- ¡Trae!

(Se la coge y se la pone al
(cuello a Marciana.

¡Pa los restos!

MARCIA.-- ¡Pero, oiga!...

GONZA.--

(Al teléfono)

¡Sí, señora Marquesa!; no faltaba más.

(Cuelga el teléfono)

ELISA.--

(Poniéndose un delantalillo
(que había en el sitio de la
(Caja.

¿Estoy bien así, madre?

ALIPIO.-- ¡Estás imponente, peque! ¿Verá, Gonzalo?

(Este sonríe)

MA ROSA.-- No; te vá mejor éste mío.

(Se quita su delantal y se lo
(pone a Elisa. Muy feliz.

¡Así!... ¿Te gusta, Gonzalo?

MARCIA.-- Pero ¡bueno!, ¿yo qué me hago con esta
corona?

ALIPIO.-- ¡Llévesela deposita a casa del Señor Juez!
Aquí no estamos pa cosas de duelos, ¿ver-
dá, chatilla mía?

MA ROSA.- ¡Verdad!... ¡Don Celofán! ¡Esol! ¡Ma Celofán.

(Y le abraza, mientras en todos los demás reina la más franca felicidad, cada cual activamente en su quehacer, (al que se ha sumado JUANIN (que entró por la derecha y ayuda a Marciana a quitarse la corona.

TELON

.....